

GUA
DAL
QUI
VIR

DIVERSIDAD Y BELLEZA

GUA
DAL
QUI
DIVERSIDAD Y BELLEZA
VIR



Agencia Andaluza del Agua
CONSEJERÍA DE MEDIO AMBIENTE







Guadalquivir: diversidad y belleza

GUA
DAL
QUI
DIVERSIDAD Y BELLEZA
VIR

TEXTOS: REGLA ALONSO Y ROSALÍA MARTÍN FRANQUELO **OBRAS Y SUS COMENTARIOS:** REGLA ALONSO, ROSALÍA MARTÍN FRANQUELO, JOSÉ LUIS MAURI Y DANIEL BILBAO

Guadalquivir: diversidad y belleza

EDITA

Agencia Andaluza del Agua, Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía

CONSEJERA DE MEDIO AMBIENTE

Cinta Castillo Jiménez

DIRECTOR GERENTE DE LA AGENCIA ANDALUZA DEL AGUA

Jaime Palop Piqueras

DIRECTORA GENERAL DEL INSTITUTO DEL AGUA DE ANDALUCÍA

Isabel Comas Rengifo

DIRECCIÓN FACULTATIVA DE LA EDICIÓN

José M.ª Fernández-Palacios Carmona

AUTORAS DE LOS TEXTOS

Regla Alonso Miura

Rosalía Martín Franquelo

AUTORES DE LAS OBRAS Y SUS COMENTARIOS

Regla Alonso Miura

Rosalía Martín Franquelo

José Luis Mauri Rivero

Daniel Bilbao Peña

PRÓLOGO

José Manuel Rubio Recio

Este libro muestra parte de los resultados de un proyecto de investigación sobre el río Guadalquivir realizado por el grupo HUM-544 «Morfología de la naturaleza» del Plan Andaluz de Investigación de la Junta de Andalucía.

GESTIÓN EDITORIAL, DISEÑO GRÁFICO Y MAQUETACIÓN

Martín Moreno & Altozano

www.mm-atriana.com

FOTOMECÁNICA

Cromotex

IMPRESIÓN

Brizzolis

ENCUADERNACIÓN

Ramos

© de la presente edición: 2008, Agencia Andaluza del Agua,

Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía.

© de los textos e imágenes, sus autores.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante venta o alquiler.

ISBN: 978-84-96776-70-8

Depósito Legal: M-34247-2008

Impreso en España

Este libro debe citarse como:

Alonso Miura, Regla y Martín Franquelo, Rosalía. 2008. *Guadalquivir: diversidad y belleza*. Agencia Andaluza del Agua, Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía, Sevilla, 216 pp.

ALGUNOS ríos constituyen elementos de identidad de los territorios por donde fluyen dotando a sus pobladores de especiales caracteres diferenciadores. En Andalucía, esta capacidad de identificación entre un río, su territorio y sus habitantes la ostenta de manera singular el Guadalquivir. De hecho, sería impensable la comprensión de la región tal y como hoy la entendemos sin la existencia del «Río Grande», que tiene el 91% de la superficie de su cuenca, el 97% de la población que la habita y el 99% de sus usos en Andalucía. Un ámbito geográfico tan identificado con su río que ha sido bautizado con los sucesivos nombres de su principal arteria fluvial: primero Tartessos, por el río que le daba nombre, y luego con Roma, la Bética, tierra del río Betis.

Y es que el Guadalquivir viene a ser el corazón verde de Andalucía, el sistema circulatorio que irriga y fecunda, en mayor o menor medida, sus ocho provincias. Allí por donde pasa trae y lleva la vida. No sin razón es el río cantado y soñado, espejo en donde se refleja la esencia y el paisaje de esta tierra.

También ahora, como en otras ocasiones, el Guadalquivir es el río pintado. Fuente de inspiración creativa de cuatro miradas de diversidad y belleza de una misma realidad cambiante que se convierten —más allá de las palabras— en instrumentos de expresión y comunicación. Cuatro visiones personales que nos recuerdan que, al final de todo, para resolver los asuntos del agua y del medio ambiente la tecnología, aunque imprescindible, no es suficiente. Hacen falta, además, otras aproximaciones como las que aquí presentamos capaces de agitar los ramajes del alma y remover conciencias, para así avanzar en el compromiso de recuperación del Guadalquivir, el «Río Grande de Andalucía».

Cinta Castillo Jiménez
CONSEJERA DE MEDIO AMBIENTE

Prólogo

El Guadalquivir y sus paisajes

Todos los ríos son entes singulares. Podrán tener rasgos comunes, pero cada río es algo siempre original. Y si un río es emblemático por su significación geográfica para una región, sus habitantes le miran y le cuentan en las artes, las letras y las ciencias.

De esa suerte, es difícil decir cosas nuevas del Guadalquivir, pero sí es posible verle con la perspectiva de un grupo de pintores que se han propuesto, como investigación de campo, ir desde su nacimiento a la desembocadura contándonos plásticamente, lo que encontraron significativo o, simplemente, lo que llamó su atención. Han trabajado con independencia, con la única guía del Guadalquivir.

Yo, aquí, cumplo sólo con dar unas someras pinceladas, con mi mente de geógrafo, de un recorrido a lo largo de él. Soy consciente de que simplificaré demasiado. Yo también lo que haré será dar mi visión, consciente de sus carencias.

Guadalquivir, el ubérrimo Betis, el *Wad-el-Kebir* árabe, que ellos mismos denominaron Río de Córdoba, durante la época califal y también Río Grande, hasta llegar a la denominación antedicha de *Wad-el-Kebir* de la que procede el nombre vigente.

Nos enfrentamos con uno de los llamados cinco grandes ríos hispanos, que se suelen disociar en meseteños y exteriores. Estos últimos son el Guadalquivir y el Ebro que, frente a similitudes, también tienen notables diferencias. Mientras la cuenca del Guadalquivir se abre libremente al mar, el Ebro lo hace atravesando un cierre montañoso: el extremo sur de la cordillera litoral catalana. Por tal motivo, la cuenca central del Ebro, en su génesis antehistórica fue un espacio relleno con materiales continentales, mientras la del Guadalquivir lo fue en un medio marino. Ese simple hecho, condicionador de los caracteres de los materiales que vamos a encontrar en una y otra cuenca es el que hace que a la andaluza se la califique de ubérrima. Los suelos que la configuran, a la par que variados, son ricos, por su componente calcárea, para las actividades rurales, amén de que la zona posee unos caracteres climáticos más afables.

Surge el espacio bético sobre un antiguo brazo de mar entre el macizo ibérico y el africano. Cada uno asentado sobre sendas placas tectónicas convergentes. La compresión entre ambas generó una gran arruga que configuraría con el tiempo las serranías Béticas en el flanco sur y un umbral de dirección sur norte, que unió por el este dicha arruga al macizo ibérico, configurando un umbral que actuó de divisoria de

aguas que vertieron y vierten al Mediterráneo —cuenca del Segura— y al Atlántico —cuenca del Guadalquivir—.

Se iniciaba así el desarrollo de los valles y cuencas del Segura y del Guadalquivir. El golfo bético tenía al norte la siempre emergida Sierra Morena, frente del Macizo Ibérico, de orígenes y materiales paleozoicos y, al sur, las cordilleras Béticas y Subbéticas, de orígenes más modernos, terciarios, y materiales secundarios y terciarios, en su mayoría marinos, de componente calcárea dominante los primeros, salvo los más antiguos, triásicos, del Keuper, en su facies germano-andaluza, de colores abigarrados y fuerte componente yesosa. Unos y otros fluyeron, rellenando paulatinamente la cuenca, mezclándose más o menos aleatoriamente, al mismo tiempo que quedaban a la vista las formaciones de origen, dando contrastes muy acusados de estructuras y colores.

Este proceso de relleno se continuó históricamente en el espacio marismero, aguas abajo de Sevilla, en el navegable lago Ligustino romano, que dejó de serlo por la colmatación que persiste.

Desde el umbral del nacimiento a la desembocadura, a vuelo de pájaro, puede haber poco menos de 400 km, pero lo que recorre el río en su divagar rebasa los 650 km. Por otro lado la cuenca que vierte al Guadalquivir tiene nada menos que 57.377 km², que desbordan los límites de Andalucía por las provincias de Albacete, Badajoz, Ciudad Real y Murcia. Los autores de las imágenes han circunscrito su obra al río o desde el río, en un sentido amplio.

En primer lugar diremos que el conjunto del valle bético está inmerso en el medio climático mediterráneo y, por consiguiente, en paisajes vegetales propios de ese ámbito. Y si pensamos en los paisajes agrarizados, es la trilogía mediterránea —trigo, vid y olivo— la que informará los espacios cultivados, con la salvedad de aquellos que, regados, adquieren las peculiares fisonomías de los cultivos a los que los dediquen: frutales, hortalizas, algodón y un largo etc. que cambia según las coyunturas.

Indudablemente, las cabeceras de la cuenca, incrustadas en sierras más o menos agrestes, y elijamos como prototipo Cazorla, que es la cuna de nuestro río, constituyen una variante singular, en la que los componentes topografía y roquedo tienen mucha relevancia, dificultando la ocupación agrícola y manteniendo una vegetación forestal con sus componentes naturales, encinares sobre todo, con especies indicadoras de

un clima montano como rodales de robles y algún ejemplo de tejos y las múltiples especies del matorral arbustivo mediterráneo, más las grandes masas de las coníferas, introducidas o favorecidas de la mano del hombre, que aparecen como dominantes. Luego, las orillas del río nos muestran una rica vegetación de ribera en la que se mezclan o dominan por rodales chopos, fresnos, tres o cuatro especies de sauces, algún olmo, arces y un cúmulo de especies arbustivas típicas mediterráneas, entre las que destacaría como menos habitual pero aquí abundante: el boj.

Por otro lado, roquedos limpios, con inclinaciones hasta la subverticalidad y con la sola vegetación rupícola y fisurícola, que no destaca sino en la observación cercana, informan estos paisajes, que pueden aparecer desde la misma orilla del río hasta las lejanas cumbres, por razones de su organización tectónica.

Podríamos considerar tramo o curso alto del Guadalquivir desde su nacimiento, por supuesto, hasta la confluencia en las proximidades de Mogón del afluente que viene del norte y de otra cabecera montañosa: el Guadiana Menor. En ese recorrido hay un importante accidente topográfico en la llamada cerrada del Utrero, en la que el río se despeña casi doscientos metros en tan sólo 2,5 km. En Mogón, por otra parte terminan los materiales cretácicos configuradores de la Sierra de Cazorla.

Río abajo, en los secanos acolinados de los piedemontes de la Sierra de Cazorla, los paisajes de olivar son una constante de las cuencas vertientes hacia el fondo del valle. Los estudiosos del río hacen, a veces, llegar el curso alto hasta Mengíbar, que deja a su derecha el gran cerro alargado de la Loma de Úbeda. Nosotros preferimos considerarlo un tramo de transición entre el tramo alto y el medio.

A partir de Mogón el valle se ha abierto y tiene débiles pendientes por lo que el curso del Guadalquivir es meandriforme y sus aguas han perdido su carácter cristalino y aparecen turbias. Lo que quizá haga que se le asimile al tramo alto es que en las cercanías de Mengíbar recibe al otro gran afluente de la cabecera montañosa: el Guadalimar. Los paisajes de olivar siguen siendo los dominantes en las laderas, mientras que las riberas pierden parte de su diversidad, apareciendo los primeros álamos blancos y los tarajes.

Aguas abajo de Mengíbar el espacio del valle se amplía definitivamente con un diseño transversal claramente disimétrico, porque el río se ciñe más hacia Sierra Morena, aprovechando la gran falla que la enmarca por el sur y, a veces, mordiéndola como en el espectacular torno de Montoro.

Los olivares siguen siendo los señores del paisaje en las tendidas colinas de la margen izquierda, aunque se le empiezan a sumar teselas de barbechos cerealistas. Nos estamos zambullendo en las campiñas del tramo medio, en las que según avanzamos hacia poniente irán ganando espacio los campos de cereal y alguna mancha de viñedo.

Campiñas adelante, siempre por la margen izquierda, es la combinación de suelos y pendientes la que seleccionará los espacios más favorables para cualquiera de los tres cultivos de la trilogía, aunque el voluntarismo de los propietarios no se someta al determinismo total y encontremos excepciones a las que dictaría la agronomía: rastros o tierras de cereal que trepan por las laderas u olivares en llanos que quizá merecieran otra cosa. Y es que los tres cultivos mediterráneos tienen una relativamente amplia valencia ecológica.

Adentrándonos en la campiña cordobesa la cerealicultura se adueñará paulatinamente del paisaje y el olivar se detraerá a las rampas de las Subbéticas. Desde el fondo del valle del río, siempre en la margen izquierda se escalonan amplias terrazas de superficies guijarrosas y topografías horizontales, en las que si se puede llevar o alumbrar agua pueden dar lugar a ubérrimos y variados paisajes de regadío.

En este caminar aguas abajo, hacia el oeste, el valle se irá ensanchando y allanando. Y el río, que sigue ceñido a Sierra Morena, está muy lejos de las Sierras Subbéticas.

Llegando a Córdoba, donde la ciudad se desarrolló entre el río y Sierra Morena, ya en los arrabales del norte de la ciudad empezamos a ascender a dicha sierra. La disimetría de las márgenes se acentúa, y es que por la margen izquierda se despliega la cuenca del Genil. Río al que se ha hecho competir por su dimensión, a veces, con el propio Guadalquivir. Dicho río, con sus fuentes nada menos que en Sierra Nevada, es el responsable del diseño, en sus tramos medio y bajo, de la campiña cordobesa, que enlaza, hacia el norte, por amplias llanadas, con las terrazas del Guadalquivir.

El Genil va a confluir con nuestro Betis en Palma del Río. Y esa llana vertiente sur, que se extiende a latitudes que rebasan la villa de Osuna, tiene espacios tan horizontales que dan lugar a áreas endorreicas y, por lo tanto, sin drenaje hacia los ríos, que han dado pie a que se hable de un endorreísmo andaluz.

Si seguimos aguas abajo, ya penetrando plenamente en la provincia de Sevilla, la cinta de la vega regada, con su policromía, se ensancha y el río divaga lento diseñando meandros sucesivos. Pero aún pueden surgir contrastes puntuales, como los que provocan las elevaciones disimétricas de los Alcores, ya próximas a Sevilla y que culminan en Carmona. Desde el río hasta esa villa tendremos primero paisajes de regadío, pero pronto, apoyándose en las pedregosas rampas de las terrazas que ascienden hacia los Alcores, dominará el olivar, al que hoy va sustituyendo el cultivo de frutales, apoyado en la captación de agua subterránea. Mientras, rebasados los Alcores, caemos, tras abrupta cuesta, en plena campiña sevillana de suelos oscuros y fértiles, cerealícolas por excelencia.

A la altura de Alcalá del Río el Guadalquivir aún sigue cercano a Sierra Morena, pero en ese punto cambia la orientación de su curso dirigiéndose en dirección sur, que ya no abandonará hasta su llegada al océano. Se infiere que el cambio brusco de dirección

está condicionado por la existencia de una falla del substrato paleozoico subyacente, de rango superior a la que seguía, ceñido a Sierra Morena.

En este último tramo, el cauce del Guadalquivir, de la prehistoria a nuestros días se ha movido y evolucionado mucho, en lo que hoy es pura vega regada. En principio por estricta dinámica natural y, más recientemente, de la mano del hombre, según conveniencias y épocas.

Frente a Sevilla ciudad y en su margen derecha, de nuevo con clara disimetría, se alza unas decenas de metros el obstáculo del Aljarafe; glacis sobre rocas blandas, con su raíz —hoy desmantelada y convertida en depresión periférica— en Sierra Morena. Mientras, en la tendida orilla izquierda, amplias terrazas se desarrollan con suave pendiente, ascendiendo hacia los Alcores que, desde Carmona, van perdiendo altitud hasta desaparecer frente a Coria del Río.

Dos kilómetros más abajo, en Puebla del Río y a 80 km de la desembocadura, nos hallamos a menos de 5 m sobre el nivel del mar. Aquí el río se abría en brazos anastomosados, que se ligaban a los del río vecino del oeste, el Guadiamar, en lo que hoy llamamos las Marismas del Guadalquivir, dibujando espacios que se denominaron Isla Mayor, Menor y Mínima. El área ocupada por esas Marismas —cerca de 200.000 ha— es lo que en la antigüedad fue denominado por los cronistas romanos Lago Ligustino, surcado por sus trirremes hasta puertos interiores.

Los paisajes de esa llanura, con desniveles siempre suaves, que no suelen alcanzar el medio metro de altura, no aparentan ser atractivos para su representación, aunque siempre se podrá jugar con láminas de agua y cielos.

La peculiaridad de este espacio estriba en la combinación de una serie de hechos. Los primeros, la horizontalidad unida a la leve pendiente. Los segundos, el régimen irregular de los aportes de agua, que pueden pasar de anegar el espacio marismeño a convertirlo en un secarral desértico. Combinándolos, la eliminación de la lámina de agua recibida es un proceso de ciclo anual, no regular de un año a otro y largo en el tiempo, en el que juegan el lento fluir y la evaporación. Si estas circunstancias ya obligan a una especialización de la vegetación, también lo hace el que al haber estado este espacio sometido a la influencia marina, sus suelos tienen carácter salino que, aunque con contenidos diversos, son otra limitación fuerte.

La inundación de las Marismas se producía por la suma de la pluviosidad y las crecientes estacionales de los ríos, siendo el Guadalquivir el máximo protagonista.

Pero la fisonomía que hoy tenemos es una herencia de un pasado próximo. Veamos: Nuestro río es de caudales modestos, ya que su módulo no llega a los 200 m³/s, pero en momentos de crecida rebasar los 5.000 m³/s no era raro y, ocasionalmente se podían alcanzar los 10.000 m³/s y aún más. Con aportes como los citados ocurría lo que

más adelante describiremos. Hoy, con la red reguladora establecida a lo largo del siglo XX, son impensables esas crecientes. Alcanzar los 3.000 m³/s es ya raro y con esos caudales solo, las Marismas no se cubren de agua, salvo que se combinen con un periodo de lluvias por encima de lo normal y muy concentradas en el tiempo, coincidiendo con las crecientes del río. Es entonces, como antes, cuando la capacidad de evacuación del estuario en la desembocadura no es suficiente y los excedentes de agua se desparraman ocupando las Marismas.

Inundadas las Marismas y dada la poca pendiente las velocidades de desagüe de la red de brazos y caños es, en situaciones parecidas, de las más bajas del mundo. De aquí que su capacidad erosiva sea mínima y por ello la topografía que se diseña en la marisma no se acuse casi y sea difícil de reflejar plásticamente. La que aparece podemos reducirla a tres variantes. Los espacios a los que la inundación no llega a cubrir —islas durante las crecientes— a las que se les da el nombre de «vetas». Por el contrario, hay espacios que no tienen capacidad de desagüe al río —pequeños lagunazos a los que se denomina «lucios»— y que perderán su agua por evaporación, a lo largo de meses, acumulando tal cantidad de sales que no ha lugar al desarrollo de vegetación. Y el resto del espacio, el más extenso, que pierde sus aguas lentamente por una dendrítica red de caños; con una presencia de agua salina o dulce mayor o menor, según su cercanía o lejanía de la desembocadura y que mantiene una vegetación sufruticosa de plantas halófilas o de herbáceas palustres.

Y una vez dicho esto hay que añadir una nueva variable, presente en cualquier paisaje vegetal: los cambios estacionales, a los que aquí se suman la presencia o ausencia de la componente agua. Tengámoslo siempre presente.

Los paisajes descritos se conservan hoy en lo que es Parque Nacional —aproximadamente algo más de un tercio del espacio marismeño— mientras que en la parte no protegida se ha realizado una polderización, en la que se ha instalado una red de riegos y drenajes para campos de arroz, único cultivo que soporta suelos con cierta salinidad.

En las orillas del río y de los caños afluentes y con agua suficiente, es habitual la orla de carrizos, pudiendo aparecer manchones de tarajes, algún sauce y, si el hombre lo ha propiciado, álamos blancos. En la mayoría de la red de caños, el cauce de los mismos enlaza con las herbáceas palustres o el matorralillo halófilo.

Llegamos a la desembocadura y en la marisma podemos tener salinas en uso o abandonadas y a uno y otro lado del estuario, ya en el tramo final, colinas dunares con pinares de pino piñonero.

Sumario

18	Prefacio
20	El conocimiento del paisaje
22	El Río Grande
27	DIVERSIDAD Y BELLEZA
28	Los paisajes del agua
110	Flora, fauna e intervención humana
116	Vegetación y paisaje
154	Fauna y paisaje
186	Paisajes rurales
200	Paisajes industriales
213	Bibliografía

«Lo que observamos no es la naturaleza en sí misma, sino la naturaleza expuesta a nuestro método de cuestionamiento»

Werner Heisenberg (1901-1976)

Prefacio

CUANDO nos propusimos abordar el estudio de un nuevo espacio, varios eran los candidatos, estando la posibilidad de un gran río entre ellos. No sabríamos decir cuál fue la razón por la que, sin mucho entusiasmo, nos decantamos por el Guadalquivir, dejando atrás opciones más atractivas *a priori*, pero sí recordamos el temor y la incertidumbre de cómo íbamos a abordar el trabajo. Han pasado diez años y durante ese tiempo, además de recorrer el río y muchos de sus afluentes, hemos completado el estudio de dos de ellos: uno de la parte alta, el Borosa (HUM-544, 2004) y otro de la baja, el Guadaíra (Alonso Miura y Martín Franquelo, 2006) y aunque el gran río ya es viejo conocido de la casa y no nos cohibe como al principio, queda mucho por hacer y aún guarda conocimientos por mostrar, en su constante fluir.

Durante más de dos décadas hemos caminado por la naturaleza con un sentido y una intención: entender el paisaje. Los recorridos efectuados constituyen una transición a un estado de conciencia diferente, de ahí que transcurran en silencio y a ritmo lento, teniendo siempre presente la limitación de traducir lo experimentado a un soporte pictórico. Extrapolar la comprensión intelectual y sensorial a una pieza material no es solo documentación sino arte, aunque la obra artística, la verdadera obra —por más que esto suene extraño a los profanos— sea el propio paseo, lo experimentado *in situ* y compartido, si procede, exclusivamente con tu acompañante.

Bernard Berenson dice que «uno ha de ser insensible o inconsciente, o ambas cosas, para asumir una actitud objetiva hacia las obras de arte» y hacia el paisaje, apostillamos nosotras. Cuantas veces no nos habremos topado con botánicos, geógrafos, ingenieros, ecólogos y un largo etc. de preparados profesionales que trabajan en el campo, esclavos de la objetividad, incapaces de ver lo que tienen delante, porque no han aprendido a mirar. Los profesionales de las Bellas Artes tienen bien entrenados los sentidos, están acostumbrados a observar y a extraer lo significativo de un objeto al primer golpe de vista, pero adolecen, normalmente, de las ventajas del rigor científico. Nuestra actitud al contemplar un paisaje es estética y no práctica, que es la que utilizan los gestores del territorio; percibir por percibir para sentir. Disfrutar de la belleza de un paisaje es independiente del nivel cognoscitivo que se tenga sobre el mismo. Está al alcance de cualquiera. Es más una cuestión de tiempo, de acumulación de experiencias que de acumulación de conocimientos. Ello no significa que éstos no puedan contribuir a aumentar la percepción y el goce, pero en la mayoría de los casos lo que hacen es ahogarla y se acaba viendo lo que se sabe y no lo que se ve.

Como artistas del paisaje, puede que el contenido del texto de este libro no se ajuste a la ortodoxia habitual para estos temas. Nos hemos acostumbrado a hablar de las especies por sus nombres científicos, de manera que el hábito mantenido durante tantos años se ha convertido en práctica familiar y, hoy por hoy, propendemos a ellos antes que a los comunes. Asumimos como nuestras las palabras de Edward O. Wilson «el biólogo que no conozca el nombre de las especies está perdido. Como dicen los chinos, el primer paso hacia la sabiduría es conocer el nombre correcto». Así pues, seguimos fieles a la nomenclatura binomial de Linneo y dado que la vernácula está cada vez más en desuso y que disponer del nombre común en el caso de la vegetación es, a veces, más complicado que distinguir una especie, no parece que vayamos a abandonar nuestra rutina, de ahí que el texto esté salpicado de nombres científicos.

Este libro es un avance de un proyecto todavía en curso y no estaría ahora en sus manos si no hubiese sido por el apoyo incondicional del Instituto del Agua de Andalucía de la Agencia Andaluza del Agua a través de Juan Corominas Masip, Hermelindo Castro Nogueira y José M.^a Fernández Palacios, que han propiciado la edición del mismo. De ellos partió la primera propuesta y compromiso de publicación que hoy culmina con esta obra. Igualmente estamos en deuda con José Manuel Rubio Recio, geógrafo, profesor y académico, dispuesto en todo momento a echarnos una mano con la terminología geológica y de paso enseñarnos un montón de cosas más sobre casi todo. Sus visitas al estudio siempre han aportado novedades y han sido estímulo de nuevas búsquedas: él prologa el libro. Isabel Martín Moreno y su equipo ponen profesionalidad con su buen hacer y la tranquilidad de estar en manos de quien posee sentido del gusto y carácter para llevar a buen puerto el encargo. También queremos recordar a quien por elección, Mayte y Manolo, o por ausencia impuesta, José Pedro, no han continuado en el equipo (HUM-544, de la Junta de Andalucía), así como a José Luis Pajuelo Caparro, excedente indefinido a quien reclamamos su pronta vuelta. Sin ellos, hemos perdido las visiones que habrían hecho de este proyecto otro diferente y, sin duda, más diverso.

Hemos hecho este libro porque estamos convencidas de que miramos el paisaje de otra manera y queremos exponer lo que pensamos al respecto, comunicarlo e instar a derribar fronteras entre campos de conocimiento y, si es posible, interesar en el abandono de ideas preconcebidas que permitan otra forma de crecer y relacionarse con la naturaleza. Parafraseando al poeta Ángel González, sonreímos y callamos, porque en último extremo, tenemos conciencia de la inutilidad de todas las palabras... y sabemos lo que valen las imágenes.

El conocimiento del paisaje

HAY muchas maneras de abordar el conocimiento del mundo que nos rodea y muchas formas de percibir, sentir y describir la naturaleza. La relación que establecemos con ella está condicionada por el sistema de conocimiento elegido para aprehenderla. La inevitable especialización del conocimiento actual no facilita la comprensión de sistemas complejos como el paisaje, y es lógico que se multipliquen los puntos de vista desde los cuales es posible enfocarlo. De alguna manera el estudio de espacios naturales en función de su gestión y conservación está obligando a colaborar entre sí a diversas disciplinas. Esta colaboración, aún balbuceante, estará incompleta mientras no dé cabida a propuestas cognoscitivas que superen la ortodoxia científica. Y, aunque todo indica que nos encontramos en un momento en el que se comienza a vencer el recelo hacia los sistemas de conocimiento no sujetos a la constatación empírica para la comprensión de entidades complejas, todavía existe una cierta desconfianza respecto a la consideración que debe tener la percepción como herramienta apropiada para abordar determinadas parcelas del saber.

El paisaje, para ser considerado como tal, precisa de la mirada. La mirada, espontáneamente, lleva implícita una valoración estética que hunde sus raíces en nuestra herencia genética y concita vivencias y sentimientos profundos de muy diversa índole. La pretendida separación a la que se suelen acoger los estudios al uso entre paisaje como hecho físico y paisaje percibido, denota impotencia para plantear el problema en toda su dimensión; y denota también temor ante lo desconocido y, bajo determinados puntos de vista, ante lo incuantificable. Las tendencias y recomendaciones más actuales están enfocadas hacia un estudio integral, como hace, por ejemplo, la Convención Europea del Paisaje (Florencia 2000), pero el problema sigue siendo el mismo: la desconfianza y la incompreensión, cuando no el rechazo frontal, de enfoques diferentes.

Puesto que el paisaje es una entidad compleja, que puede y debe ser abordada desde muchos ángulos, es preciso conocer sin prejuicios los planteamientos, métodos y conclusiones de las disciplinas que lo estudian y a partir de ellos intentar conseguir un conocimiento amplio, en el que nada fundamental pueda ser relegado. Si el paisaje precisa de la mirada del espectador y puede ser definido como la percepción pluri-sensorial que el hombre hace de un sistema de relaciones ecológicas (Díaz Pineda, 1973), no hay duda de que dos de los elementos clave en su estudio son la percepción y la fisonomía.

Al igual que la fisonomía de las personas está marcada por su herencia genética y por su tipo de vida, la del paisaje contiene tanto la explicación de la génesis como de los procesos que la modelan. Por tanto, abordar el estudio de determinados espacios naturales sobre la base de sus aspectos morfológicos parece un planteamiento apropiado. Se entiende que, si se dan determinados caracteres fisonómicos, es porque han intervenido ciertas condiciones específicas que los han creado y propiciado. Es por tanto evidente la necesidad de conocer los agentes que modelan dichos fenómenos para una correcta interpretación. Una vez establecidos estos indicadores, es posible manejarlos y extrapolarlos a otros espacios (González Bernáldez, 1981). Las herramientas utilizables para cuantificarlos y cualificarlos pueden ser muy diversas, así como la forma de interpretar los resultados obtenidos. Somos conscientes de que la utilización de la percepción como herramienta de conocimiento constituye una actividad personal y subjetiva, pero se puede, intencionadamente, contar con ello. Sabemos, también, que plantear una investigación sobre esta base puede considerarse desde otras disciplinas científico o, al menos, extraño. Sin embargo, no sería la primera vez que en el estudio del paisaje se tomen como datos registros perceptivos, aunque aquí se proponga un tratamiento plástico y no matemático de los mismos. Creemos que es preciso reconocer que el artista está particularmente preparado para apreciar aspectos formales, estructurales y cromáticos, así como las relaciones que se establecen entre ellos. Al mismo tiempo posee una sensibilidad altamente cualificada para captar y expresar el todo sin que sea una suma de las partes.

Una de las características y exigencias, que consideramos ineludibles, en el estudio del paisaje y que con frecuencia se desprecia es, curiosamente, similar en la creación artística: se trata de la imposibilidad de avanzar realmente si no media una experimentación personal. Indudablemente es posible ayudar a caminar, aclarando conceptos, explicando métodos, intercambiando información, etc.; pero todo ello no sirve de nada sin una experimentación privada, intensa y sincera, acompañada de una elaboración intelectual honesta, e independiente de criterios estereotipados de rentabilidad científica.

A estas alturas consideramos que no es redundante llamar la atención sobre la importancia de cómo nos planteamos la aprehensión del paisaje en relación a los resultados. Si nos enfrentamos a su valoración estética nos encontramos con que la primera exigencia es la de una mirada desinteresada (Burke, 1757 y Kant, 1790). Sin embargo no es fácil una mirada desinteresada, o ni siquiera acotar el significado de este término. Por otra parte, puesto que el sentimiento estético es, en parte, subjetivo, plantea problemas similares o incluso mayores que los de la percepción del paisaje, resultando difícil e incluso cuestionable su posible cuantificación. No nos estamos refiriendo a una consideración de las preferencias sobre el paisaje, sino a su valor estético concreto. Compaginar sistemas epistemológicos diferentes en una metodología de trabajo sobre el paisaje, con el fin de abarcar toda su complejidad, es un camino interesante por el que se puede llegar, incluso, a profundizar en su valoración estética.

El Río Grande



EGAR al nacimiento del Guadalquivir en el atardecer de un día de finales de septiembre con la mente llena de turbulentos caudales primigenios puede ser una experiencia decepcionante. Los arroyos y surgencias que convergen para dar forma al punto oficial del nacimiento acusan la sequía estival y las someras aguas, oscuras al anochecer, apenas resuenan entre las rocas. Un zorro (*Vulpes vulpes*) de inquisitiva mirada nos espía medio oculto en el matorral. Un mes más tarde, avanzado octubre, la situación hídrica es similar pero el entorno ha cambiado. Hojas de diversas formas y colores, desprendidas por la otoñada y arrastradas por la tímida corriente, se acumulan entre las piedras creando un diseño cambiante en el que se detiene, embelesada, la mirada. En este punto, una vegetación de ribera, aún joven, se mezcla con el matorral circundante contrastando formas, colores y hábitos. Un trepador azul (*Sitta europaea*) y unos carboneros garrapinos (*Parus ater*) completan el cuadro.

Al plantear nuestro trabajo sobre el Guadalquivir, optamos por empezar siguiendo el discurrir natural del agua y eligiendo al río oficial, el que nace en la Cañada de las Fuentes en la Sierra del Pozo, dejando para etapas sucesivas las otras dos cabeceras: la técnico-histórica del Guadiana Menor, con su controvertido nacimiento en la Sierra de la Sagra, en la Sierra Guillemona o en la Sierra de María, y la geológica del Guadalimar (González Barberán, 1977). Una vez recorrido el río y muchos de sus afluentes, establecimos cuatro amplias unidades, situando sus límites en las localidades de Mogón, Mengíbar y Alcalá del Río, atendiendo a aspectos fisonómicos de los diferentes paisajes. La primera zona, que comprende desde el nacimiento hasta Mogón, se caracteriza por una orografía abrupta de estrechas y profundas angosturas y grandes desniveles, así como por la naturaleza pétreo del suelo, en el que dominan las grandes masas de roca y donde terminan las calizas jurásicas. La variedad de los elementos que integran la cubierta vegetal, la transparencia de las aguas y la abundancia de fauna, son otros parámetros fundamentales en la fisonomía de este espacio así como la soledad y ausencia de poblaciones. En el segundo tramo, que corresponde como el anterior al llamado río alto, la turbidez del agua aumenta y el paisaje se desarrolla en una serie de colinas alomadas, progresivamente tendidas, con dominio del olivar. En la tercera zona, la del río medio y maduro, el valle se abre y se escalonan los diversos cultivos; la presencia de Sierra Morena es una constante que imprime carácter al paisaje. Finalmente, en la última parte, el bajo Guadalquivir fluye por una llanura, prácticamente a nivel del océano, influenciado por las mareas.

Comenzamos el estudio de la primera zona accediendo al pie del pico Cabañas a 1.645 m por la vaguada que forman el Aguilón del Loco y la Cuerda de Cagasebo —la

Cañada de las Fuentes—. El rastro del agua, a finales de octubre, blanquea sobre las rocas calcáreas secas y la mirada no puede desprenderse del delicado dibujo verde pálido que los cerezos de Santa Lucía (*Prunus mahaleb*) trazan sobre el gris plano calizo de la margen izquierda. Se percibe la impronta del agua por la huella que dibuja en las rocas, pero será preciso esperar tiempos más propicios para verla realmente. La recompensa, entre otras muchas, es contemplar los tejos milenarios (*Taxus baccata*) cargados de frutos maduros, escondidos entre la arboleda de la margen derecha.

La transparencia y limpidez del agua se conserva, solamente, en el primer tramo del río. Paul Gwynne, en el relato de su viaje por el Guadalquivir, hace hincapié, asombrado, sobre la turbidez de las aguas que, ya entonces, 1912, sólo permanecen transparentes en alguna poza que él, precisa, no ha visto. El problema no está en la densidad del agua que al arrastrar partículas de tierra en suspensión puede depararnos hermosos espectáculos, a la par que fertiliza, cual Nilo, los regadíos del valle (Buckley y Brown, 1906), sino cuando se debe a la contaminación causada por todo tipo de vertidos.

Según descendemos por el río nuestro nivel de exigencia estética, íntimamente unida a la multiplicidad y salud del sistema, tanto en lo que se refiere al agua, como a los elementos del entorno, cambia inexorablemente. A partir de aquí hay que refugiarse en múltiples subunidades de paisaje que a duras penas consiguen conservar una personalidad atractiva.

Contemplamos el río como un continuo fluir de cambios y perspectivas que se encadenan armoniosamente en secuencias únicas o repetitivas en las que siempre se encuentra algo especial (Alonso Miura, 2005). Es una corriente que une, caracteriza y personaliza el entorno sin exclusiones. Siendo el segundo más largo de la mitad sur de la Península Ibérica tiene ocasión de atravesar ecosistemas manifiestamente pautados y contar entre sus apegos con los espacios protegidos de Cazorla, Segura y las Villas, de las Sierra de Andújar, de Cardena y Montoro, y de Hornachuelos y el del Parque Nacional de Doñana, entre otros. Los espacios en los que lo hemos dividido, a pesar de contar con puntos concretos como límites, no deben tomarse como divisiones estancas; las zonas de transición pueden ser muy amplias. Sin embargo, los cambios son evidentes, bien sean debidos a la intervención humana, como en el caso de la presa de Alcalá del Río, punto final del influjo de la marea, o debidos a aspectos geomorfológicos, como puede ser el abandono de la sierra y el tímido comienzo de la apertura del valle, en Mogón, o su amplitud más definitiva a partir de Mengíbar, que condicionan sus usos.



Históricamente, las vías de agua, han sido un nexo de unión y de intercambio, facilitando la comunicación y, como en este caso al circular por un amplio valle, determinando una cultura hídrica similar. El espacio más diferente e individualizado lo encontramos en el primer tramo. En la zona próxima al nacimiento, el río discurre por angostos valles, encastrado entre grandes bloques de calizas en una sucesión de rápidos, cascadas y pozas. El desnivel es aquí muy acusado, superando trescientos metros en los dos primeros kilómetros. En estos inicios sufre una evidente sequía estacional, mostrando parte

de su cauce prácticamente sin agua, asemejándose antes a un arroyuelo que a un verdadero río. Lentamente, según va descendiendo por la sierra e incorporando diferentes aportes, el murmullo del agua se hace permanente. Lo escarpado y pétreo de la hondonada condiciona la instalación de vegetación riparia. Cuando posteriormente el valle se abre ligeramente, una franja de tierras rosas, veteadas por margas azules, arcillas y yesos, asoma entre la vegetación. Los cantos rodados se acumulan ante tarajes, sauces y pratenses formando algunas cascaderas y el bosque galería se hace más habitual, al tiempo que se establecen algunas pequeñas praderas enmarcando el cauce.

Cuando el río abandona el pantano del Tranco, el primer gran embalse de su recorrido, toma el norte hacia Villanueva del Arzobispo, la dirección más inesperada y de la que no tardará en arrepentirse. Dando media vuelta, para alinearse paralelamente al tramo inicial, discurre ahora por la sierra de las Villas y se estira para enfilarse el corredor que le acercará a Sierra Morena. En esta carrera, que apenas tiene desnivel, se verá impulsado por el Aguascebas Grande en Mogón y definitivamente, más adelante, por sus otros competidores en la titularidad de la cabecera, el Guadiana Menor y el Guadalimar. El paisaje ha cambiado y seguirá haciéndolo y unificándose a la par que el valle se ensancha, de forma suave y progresiva hasta Mengíbar y con paulatina amplitud a partir de aquí. Aguas arriba de Andújar, cuenta con la presencia de la Sierra Mariana que le acompaña por la margen derecha y que, a la vez que le aporta sus caudales, diversifica el paisaje, hasta que, en Alcalá del Río, dándole la espalda, tomará dirección sur camino del océano.

En el primer tramo coinciden la abundancia de la flora y la fauna, con una orografía escarpada y cambiante, y un agua viva e incontaminada para crear unos paisajes singulares y, sorprendentemente, en buen estado de conservación a pesar de la carga turística que soportan. A partir de la segunda, el agua fluye densa y ya opaca. La hemos encontrado, en el mismo día, con colores tan diferentes y marcados que casi parecen imposibles: amarilla en el nacimiento, azul ultramar virada a verde cobalto aguas arriba de la Cerrada del Utrero, rojiza en los Llanos de Arance, verde malaquita en la cola del pantano del Tranco, completamente blanca entre orillas negras en el camino de Santo Tomás a Veracruz, cerca de la estación elevadora; celeste lechoso en las proximidades del puente de Mazuecos y, cerca de Mengíbar, rojo intenso con toques de vino y óxido. Este panorama se puede observar siguiendo el curso del río después de una semana de lluvias continuas en otoño.



Rosalía Martín Franquelo en el Guadalquivir alto.

En Mogón, comienza a alejarse de la sierra, lo que da lugar a un lento, pero progresivo, ensanchamiento del valle. Nos encontramos ante una zona relativamente solitaria, caracterizada por el dominio absoluto del olivar. Conserva en gran parte de su trayecto un interesante bosque de ribera, en el que se puede encontrar chopo negro (*Populus nigra*) especie que, actualmente en el sur es escasa. En su camino hacia Mengíbar, antes de recibir los aportes del Guadalimar, se detiene en tres presas sucesivas, Puente de la Cerrada, Doña Aldonza y Pedro Marín. Todas con abundante vegetación palustre, que sirven de refugio a anátidas, y más o menos cerradas por



Regla Alonso Miura en el Borosa.

lomas de olivares. Entre las dos primeras se incorpora el Guadiana Menor. Como resumen, la belleza de este espacio podemos ejemplificarlo en la Loma de Úbeda, en cuyos cerros puede uno deambular extasiado ante la magnitud del monocultivo, un territorio alterado por la mano del hombre que sobrecoge y deleita.

Aguas abajo de Mengíbar, en algunos lugares, se aproxima tanto al pie de la meseta que llega a socavarlo. Pasa por terrenos donde el bosque mediterráneo se mezcla con pequeñas parcelas de olivos y con la vegetación de ribera. Estas zonas, son de gran riqueza, pues a los colores que aportan las diversas especies vegetales, se unen los casi infinitos tonos de rocas y tierras. Nos encontramos con formas y colores que el río, o los numerosos arroyos que vierten sus aguas en él, dejan al descubierto. Sueños de tonalidades precisas y contrapuestas, duramente contrastadas o delicadamente secuenciadas, que unidos a una orografía cambiante nos conducen de sorpresa en sorpresa, como ocurre a su paso por Marmolejo.

En la provincia de Córdoba, los afluentes que proceden de la sierra y las aguas de sus respectivos embalses ayudan con sus caudales a variegar la agricultura. El río traza amplios meandros y en las zonas donde el serpentear lo aleja del pie de la Sierra, la cuadrícula de cultivos salta a la margen derecha. Los patrones de la vegetación se juxtaponen adaptándose a la morfología del suelo, a la disponibilidad de agua y a los criterios de rentabilidad imperantes en cada momento. Llegando a Palma del Río recibe el último aporte de consideración con la afluencia, por la derecha, del Genil, que procedente de las provincias orientales tiene una longitud de más de 300 km.

En Alcalá del Río, el Guadalquivir, en un ángulo muy acusado, abandona la Sierra Norte y toma dirección 222° SO hacia la desembocadura. La cota de su cauce, después de un importante descenso, es de 0,50 m. Esto permite el influjo de las mareas cuando nos encontramos a unos 113 km de la desembocadura y que los esturiones (*Accipenser sturio* y *A. naccari*), antaño, subieran hasta Cantillana en busca de los frezaderos donde realizar las puestas.

A partir de Sevilla se convierte en una vía muy transitada por barcos, barcas y motoras de contrabando; navegación facilitada por las numerosas cortas que han enderezado el cauce. Todo este tráfico está ocasionando procesos de desgaste en las orillas como consecuencia del oleaje, lo que acentúa los habituales de erosión. Desde el cauce se aprecia un paisaje con someros cambios: las márgenes colonizadas por arbolado alóctono (paraísos, ailantos, robinias, etc.) dan paso a la planaridad absoluta con un horizonte de tierra que apenas llega al metro de altura y los colores cambiantes de las tablas de arroz y la marisma. Por último, las tímidas elevaciones arenosas de los médanos de Doñana y el verde resinato de cobre, de los pinos del Malandar. El río se va abriendo, alcanzando anchuras inusuales de hasta 600 m. Cada vez más salobre, más rebelde, espeso, cargado de limos, de nutrientes, dispuesto a fertilizar al mar, la mar, con quien se mezcla en desigual intercambio. Literalmente, de aquellas aguas vienen estos lodos, de Cazorla a Sanlúcar, de los pies de la meseta a las puertas del océano. Un viaje emocionante, de licuada belleza y agraciada diversidad.

Diversidad y belleza

Hablamos de diversidad cuando nos referimos a la variedad y acumulación que se da en la naturaleza. Aplicado al paisaje será la pluralidad morfológica integrada en la variedad de ecosistemas. Entendemos por belleza, aquello que emana de los objetos materiales o espirituales, reales o imaginarios, capaz de producir agrado extremo a los sentidos, principalmente a la vista y al oído y por lo tanto, capaz de emocionar. ¿Qué condiciones son necesarias entonces para que se encarne en un objeto de manera que un perceptor pueda estimarla? La hermosura se materializa en el momento en que se da una determinada proporción entre las partes. Pero la capacidad de ese objeto para producir una respuesta estética, en determinadas condiciones, dependerá del observador. Si un objeto lo vemos rojo es por el tipo de luz que le llega en ese momento; en otro, con otra luz de composición espectral diferente, lo veremos con un color distinto. Algo equivalente ocurre con la belleza: personas con una percepción entrenada coinciden en el grado de esplendor asignado a un objeto y discrepan con el que le dan otros. Al igual que pasa con el color, la beldad precisa de un soporte físico para manifestarse, pero, en ese sentido es independiente de él. Por lo tanto la consideramos una propiedad extrínseca de las cosas, consecuencia de la percepción individual. Según Roger Penrose, todo pensamiento y comportamiento consciente se lleva a cabo por medios no computacionales, es decir, que la enorme diversidad de nuestras percepciones conscientes es también no computacional. De manera análoga, podríamos extrapolar al paisaje: la belleza sería ese elemento inabarcable mediante pruebas empíricas pero sí susceptible de ser intuitivo, percibido y apreciado.

Los paisajes del agua

El agua es un paisaje en sí misma; los crea y diversifica. Por pequeña que sea su superficie se apropia de los elementos del entorno y los moldea. Inevitablemente capta nuestra atención provocando sensaciones placenteras. Su ascendente valor económico, debido a su escasez y su creciente demanda, genera situaciones perversas, ya que su utilización es sumamente delicada. Si el agua es un bien escaso, los espacios de su entorno, respecto al grado de placer estético que proporcionan, parecen más exigüos aún. Puesto que el paisaje ha dejado de ser «solamente» un elemento dispensador de bienestar, para, precisamente por esta misma cualidad, convertirse en una fuente de ingresos, sería necesario evaluar con delicadeza el coste estético al que se le va a someter en cualquier tipo de intervención. El valle del Guadalquivir, habitado y explotado desde la antigüedad, a duras penas consigue absorber la degradación. Por ende, el agua, una de sus mayores riquezas, está absolutamente contaminada.

Independientemente de preferencias individuales sobre determinados tipos de paisaje, es necesario, a partir de los elementos con los que actualmente se cuenta, evaluar «el grado de estrés» de los diferentes espacios y actuar en consecuencia. En la cabecera del Guadalquivir, los valles estrechos y los suelos someros convierten en poco rentable su aprovechamiento, lo que de alguna manera los protege, a la par que han adquirido una importante rentabilidad turística. Sin embargo, el problema no radica exclusivamente en usar estos recursos, sino en cómo ésto se lleva a cabo, pues con frecuencia los resultados son ambiguos e incluso contradictorios. Los cultivos, por ejemplo, acarrearán uniformidad y contaminación, sin embargo las relaciones entre la vegetación de ribera y las tierras cultivadas pueden crear interregnos llenos de diversidad en flora y fauna; riqueza que se refleja en los múltiples contrastes entre formas y colores, acentuados por sus respuestas diferenciadas ante el ciclo anual. Otra de las intervenciones drásticas sobre el río, como es la interrupción del cauce por una presa, puede dar lugar a una bella lámina de agua que propicia una densa vegetación palustre que sirve de refugio a fauna abundante y variada.

Entre los diferentes puntos tratados en nuestro trabajo hemos seleccionado, en una radical síntesis, una serie de lugares con características diferenciadas e importantes por su significado en el contexto del Guadalquivir. Los espacios elegidos, más que puntos concretos —aunque tienen coordenadas en el plano—, son aquellos que poseen algunas características morfológicas singulares, extensivas a varios tramos. Dichos lugares han quedado concretados en diez y son los siguientes:

Nacimiento del Guadalquivir. Zona que recoge las escorrentías que configuran el nacimiento natural del río y lugar donde se consigna el punto oficial de comienzo del mismo. Espacio con señalada carga simbólica y que por tanto soporta gran presión turística.

Río entre rocas. El río, todavía joven, discurre por un lecho rocoso entre angostos barrancos acompañado de un bosque caducifolio, también joven. La transparencia del agua y la diversidad de la cubierta vegetal contribuyen a definir el área.

Bosque galería. El río, en la zona alta, antes de su alineación con Sierra Morena, orlado por un bosque mixto maduro. La competencia de tipos diferentes de vegetación crea paisajes de marcado interés y belleza.

Pantano con vegetación palustre. Láminas de agua nacidas al amparo de presas cuya principal función suele ser hidroeléctrica y en las que se crea una franja oscilante de vegetación palustre que brinda cambios temporales acusados.

Olivar. El río entre las primeras márgenes cultivadas donde el olivo es la especie relevante. El paisaje de olivar le acompaña en gran parte de su recorrido, pero en la zona de Mogón a Mengíbar se convierte en un elemento dominante.

Córdoba. Primera capital de provincia que encuentra el río, circulando con buen caudal y vegetación palustre que alberga colonias de ardeidos.

Cultivos. El río adulto dominando y fertilizando el valle con diversidad de cultivos (frutales, hortalizas, cereal, etc.) cuya composición fluctúa ajustándose a los intereses de la demanda del mercado y a la disponibilidad de agua.

Sevilla. El río modificado con usos portuarios, deportivos y de ocio. Sobre él pesan las nueve cortas, las instalaciones industriales que colonizan las orillas y la contaminación acumulada.

El río navegable. De trazado casi rectilíneo y sometido a mareas. Acompañado por arrozales, marisma y el horizonte vegetal del Parque Nacional de Doñana. Tramo de uso de artes de pesca tradicionales.

Desembocadura. El ensanche de la ría y el encuentro con el mar.

Entre la ingente cantidad de obras realizadas durante la ejecución del proyecto, se han seleccionado para este apartado cuarenta; una por autor y zona.

Regla Alonso

Nacimiento del Guadalquivir

Óleo sobre cartón, 76 × 76 cm

El río acusa la sequía estival. Las hojas del bosque de ribera se amontonan en el cauce y crean un bello y colorido tapiz que cambia constantemente con el ritmo del agua. Es un placer contemplar la remisa corriente que, tan pronto amontona las hojas en un remanso entre rocas, como las precipita, danzantes, en los pequeños desniveles. Es una mañana apacible de finales de octubre, los protagonistas: fresnos, chopos negros, sauces, majuelos, pinos laricios... y el Guadalquivir.



El río turbulento

Óleo sobre papel, 56 × 77 cm

Ha llovido durante una semana continuadamente y el río baja encajonado y turbulento entre los bloques de rocas. El carácter pétreo del valle permite que sus aguas permanezcan transparentes. La humedad que acumula la vegetación intensifica sus colores. Es un atardecer nuboso, a mediados de otoño, cerca de La Cerrada del Utrero.



Bosque galería en el valle alto

Acuarela, 56,5 × 38 cm

La pendiente del cauce se suaviza y el valle se ensancha levemente; en las orillas aparecen pequeñas cascajeras y un bosque galería cerrado y potente. La vegetación del entorno se aproxima al río compartiendo parte del espacio con la de ribera, propiciando una atractiva mezcla de estructuras, formas y colores. Esta diversidad sugerente se repite en numerosos rincones del río joven. En este caso es una mañana gris, de septiembre, cerca del vado de La Torre del Vinagre.



Vegetación palustre

Pastel y acuarela, 21,5 × 25,5 cm

La vegetación palustre que coloniza las orillas de los pantanos proporciona refugio a una abundante avifauna. La amplia lámina de agua es, en sí misma, un elemento del paisaje con alto valor estético; la diversidad que se crea a su amparo aumenta este valor. Camino del invierno, los carrizos y enneas que colmatan el pantano de Doña Aldonza han perdido sus tonalidades verdes, y los ocres y tierras agrisados festonean el agua.





El río entre olivos

Acuarela, 44 x 19 cm



Poco a poco, los olivos dominan el paisaje dando lugar a un dinámico mosaico de formas reiterativas. Las diferentes tonalidades del suelo, los cambios de perspectiva de las alineaciones de los árboles y el vacío que introducen los espacios sin vegetación, se organizan y logran que la mirada pasee sin apenas interrupciones. Ocasionalmente el olivar llega hasta la orilla del agua y el laboreo que requiere puede llegar a eliminar parte del bosque de ribera. En esta tarde de invierno, en La Barca, los olivos se dibujan sobre la tierra roja que, a su vez, compite con el color de los tarajes.



Cultivos cerealistas al pie de Sierra Morena

Pastel y acuarela, 56 × 38,5 cm



El valle se ensancha por la margen izquierda; por la derecha, Sierra Morena define el paisaje. Las lomas comparten olivos y restos de bosque mediterráneo, mientras que en las zonas próximas al cauce apuntan cultivos de herbáceas. Es una tarde de finales de invierno. En este escondido rincón, protegido por escuetas elevaciones punteadas de encinas, los campos de cereal llegan hasta el río. El bosque de ribera ha desaparecido y sólo se ven pequeños grupos de álamos, algún sauce y dos o tres eucaliptos; el riego por aspersión está funcionando; pese a todo, el paisaje se las ha ingeniado para absorber el impacto de tanta intervención. Puede que el momento concreto del día, el brillo del agua, el silencio reinante y la soledad contribuyan a ello.

Córdoba. Los Sotos de la Albolafia

Pastel y acuarela, 56 × 49 cm

Aguas abajo del puente romano, los sotos de la Albolafia se apropian del paisaje y logran difuminar el entorno urbano. El bosque de ribera maduro ocupa el borde del agua; es el comienzo de la primavera y las hojas nuevas, de diversas y claras tonalidades, dejan al descubierto parte de las estructuras leñosas. Detrás de él, ofreciéndole un marco, los tonos oscuros de las especies perennifolias. El agua discurre rápida y entre las pequeñas islas y al amparo de la vegetación se esconden garzas reales, garcetas, martinetes, calamones, gallinetas, patos reales...



Sevilla. Vegetación en el borde del agua

Acuarela, 50 × 42,5 cm

El cauce del antiguo río a su paso por Sevilla, prácticamente enterrado en hormigón, puede proporcionarnos sorpresas agradables. La vegetación, con la proximidad del agua, coloniza el más mínimo resquicio y, una vez que se instala, queda construido el hábitat para multitud de inquilinos. A pesar de la dureza del entorno, de la contaminación y los desperdicios arrojados por doquier, es posible observar calamones entre las eneas. A principios de julio, bouganvillas, palmitos, álamos, arces, sauces, robinias, higueras y yucas vuelcan todo su color en el río.





Arrozales del bajo Guadalquivir

Acuarela, 57,5 × 29 cm



Las tierras que rodean el cauce son, en su último tramo, una llanura sin apenas elevaciones. El río discurre entre ellas, lentamente, al compás de las mareas. A su paso se multiplican las tablas de los arrozales. El campo visual se limita a una franja delgada sobre la que, en esta fecha del año —dos de julio—, domina la variedad de verdes de los cultivos de arroz. A la orilla del agua, cañas y carrizos y, destacando sobre la línea de horizonte, ocasionales construcciones sombreadas por contados eucaliptos.



Río y océano
Acuarela, 57,5 x 29 cm



Las zonas fronterizas entre dos ecosistemas están cargadas de emoción, su fisonomía refleja la rivalidad y el entendimiento al que están sometidos los elementos del espacio en litigio. En el encuentro entre el río y el océano llega un momento, dependiendo de las mareas, en las que la corriente simula cambiar de dirección. En la margen derecha, la vegetación del Parque Nacional de Doñana se alza levemente sobre el horizonte; a la izquierda, la línea colorida de Sanlúcar de Barrameda. El río, en esta mañana brillante de junio, se ha contagiado de los azules del océano.

Rosalía Martín Franquelo

Guadalquivir amarillo (nacimiento)

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

Escondido en el barranco, entre bloques calizos escalonados, surge oficialmente el primer reguero, arropado por una fresneda joven, que lo convierte en un lugar umbrío. Nada que ver con el aspecto de hace unas décadas y, posiblemente, nada que ver con el que tendrá en años venideros. Todo lo vivo cambia vertiginosamente y en el paisaje, a escala temporal humana, sólo las piedras permanecen.



Macollas de ciperáceas

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

Flanqueado por macizos revueltos de hojas laxas, el río corre y finta entre las piedras del lecho a las que sortea con desigual fortuna y empeño. Aguas jóvenes, oxigenadas, de perseverante transparencia en el curso alto.



R. Martín Franquelo 2004

Vegetación riparia

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

Atardece en los llanos de Arance. Los tarajes se iluminan y la casajera frena el torrente.
Cambia el sonido y el agua ensanchada multiplica los reflejos.



Doña Aldonza y el Donadío

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

Tras un día agotador de idas y venidas, descubrimientos y extravíos por los singulares cerros de Úbeda, llegamos al pantano. El embalse, de 294 ha y una capacidad de 23 hm³, queda oculto a la vista por la ocupación masiva de eneas que, prácticamente, condenan el agua libre a una charca.



Jalea de Trías

Óleo sobre lienzo, 61 × 46 cm

El río viene cargado de lógamo. Ocurre así cuando llueve copiosamente y la *terra rossa* donde se asienta el olivar es arrastrada hasta el cauce. Agua roja, cual hemoglobina portadora de hierro, que transfundirá nutrientes a las arteriolas de la vega.



Divide et vinces

Óleo sobre lienzo, 61 × 46 cm

El puente, romano como Julio César, recibe al río peinando sus aguas con las cuñas de los contrafuertes. Ángulos que hienden dividiendo, restando fuerza y victoria del puente frente a la arrollada del río.



Retales agrícolas

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

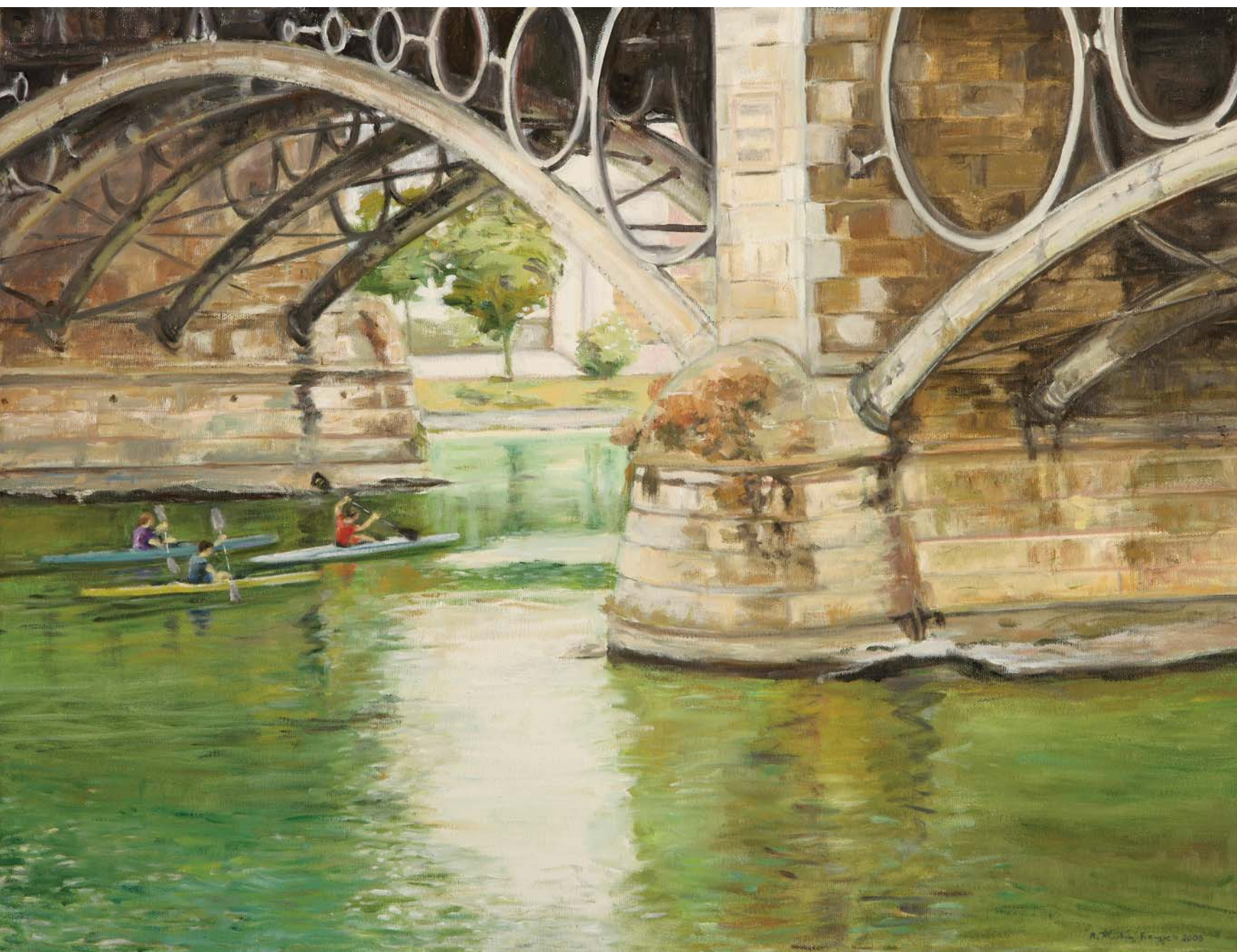
El Castillo de la Floreta, a cuyos pies se ciñe el río, ofrece una amena panorámica de las parcelas de cultivos. El mosaico irregular lo componen superficies yuxtapuestas de cereal y naranjos y un bosque de ribera donde predominan los álamos, cuyas hojas titilan al sol.



Entre Sevilla y Triana

Óleo sobre lienzo, 61 × 46 cm

Tiene el puente de Triana reminiscencias flamencas de traje de lunares, con esos círculos tangentes ribeteándole los bajos. Si no hubiese río aquí, habría que ponerlo para que Eiffel, el de la torre, con su diseño y el hierro de la Sierra Norte, pudiese unir las dos orillas.



Con los pies en el agua

Óleo sobre lienzo, 55 x 38 cm

Los embates del oleaje natural (mareas) y artificial (navegación) van modificando las márgenes —aquí menguo, allá crezco— lo que ocasiona que algunos cultivos, en poco tiempo, queden al borde mismo del río e incluso caigan a él. Aguas abajo de Coria, estos naranjos densamente agrupados, parecían arrojarse frente al inminente derrumbe de su suelo.



Rosalía Martín Franquelo 2000

Le llevan camino del mar

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

La exigua franja de tierra que se interpone en el azul vertical continuo, parece un espejismo a punto de desaparecer en el siguiente parpadeo. Y llegamos al kilómetro cero, donde el río recibe al mar y se verifica el tan citado aforismo de Góngora «el Betis, río y rey tan absoluto, que da leyes al mar y no tributo».



José Luis Mauri

El río en sus comienzos por Cazorla

Óleo sobre lienzo, 55 x 38 cm

Comienza el río a dar sus primeros pasos, los arboles lo llenan de reflejos multicolores y las piedras le indican el camino.



El río corre entre rocas dándoles frescura y vida

Óleo sobre lienzo, 22 x 16 cm

El río corre y salta entre piedras y rocas bajando por sus desniveles que provocan susurros y melodías acuosas que regalan nuestros oídos.



El río con bosque galería

Óleo sobre tabla, 40 × 30 cm

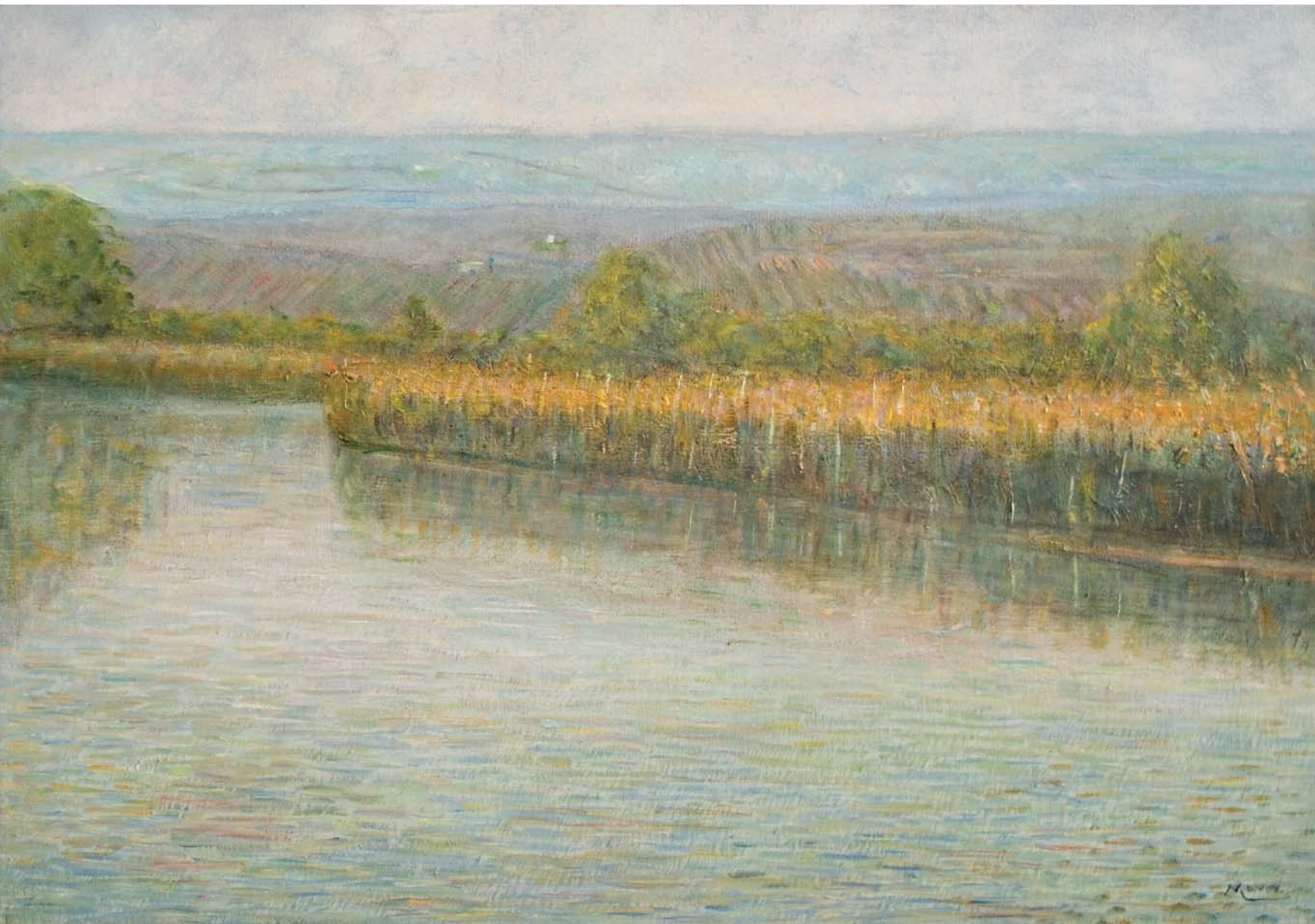
El agua deambula siguiendo su pendiente y sale del bosque cargado de profundidad, de colores y matices misteriosos.



Pantano

Óleo sobre lienzo, 55 x 38 cm

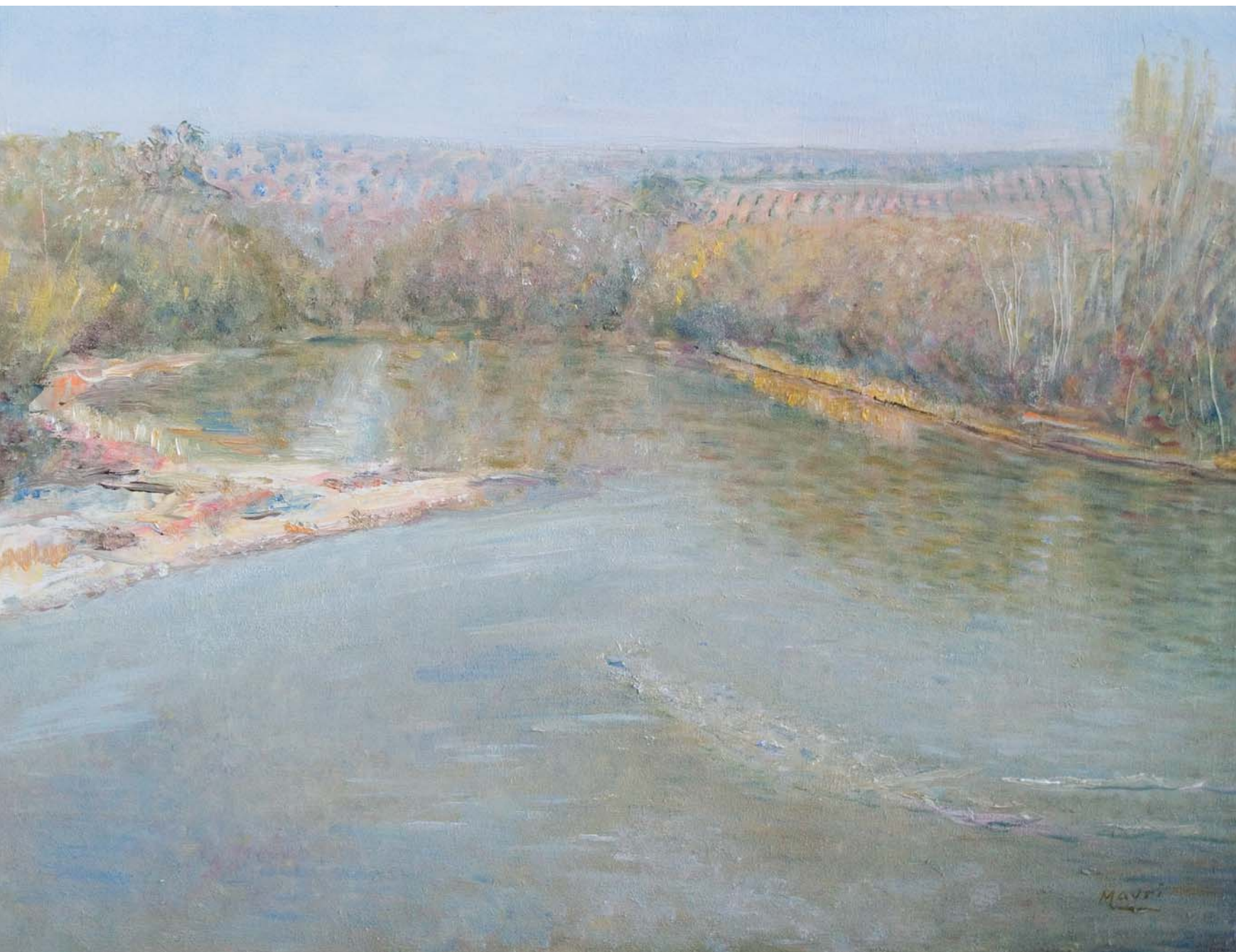
El agua en remanso espejea cielos infinitos y cañas doradas donde se escucha el discreto silencio orquestado por brisas y vientos.



El río, al fondo se adivinan los olivares

Óleo sobre tabla, 40 × 30 cm

El río pasa indolente y sereno sabiendo que los lejanos olivares observan su continuo discurrir.



El río por Córdoba

Óleo sobre tabla, 40 × 30 cm

El río pasa por Córdoba entre restos de molinos papeleros y sorteando los pilares del puente romano sigue su cauce.



El río por tierras de cultivo

Óleo sobre lienzo, 81 × 66 cm

El río se adentra por las fértiles tierras de cultivo de Córdoba, formando parte de un colorido paisaje de ocre y verdes.



El puente de Triana

Óleo sobre tabla, 49 × 33 cm

El río pasa por el Barrio de Triana por debajo del puente que con más historia lo une a Sevilla.



Río bajo

Óleo sobre lienzo, 46 x 19 cm

El río amplio, próximo ya a su desembocadura, se tiñe de reflejos plateados cuando llega a Doñana.



Desembocadura

Óleo sobre lienzo, 46 x 19 cm

Después de tantos paisajes vividos y recorridos el río llega a Sanlúcar de Barrameda para fundirse serenamente con el mar.



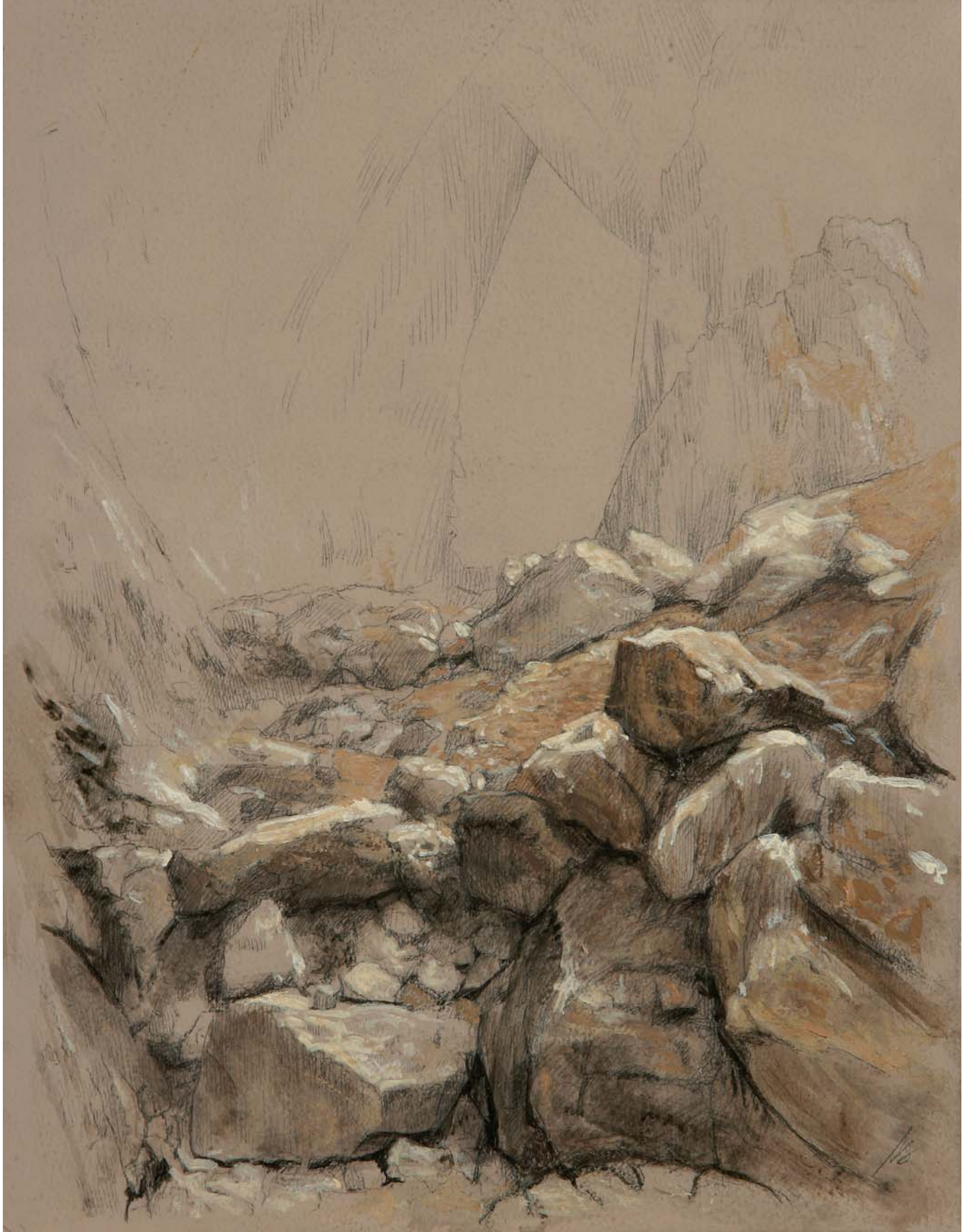
Daniel Bilbao

Nacimiento del Guadalquivir (Jaén)

Acrílico sobre papel, 21 × 27,5 cm

Fluye entre rocas de Cazorra para recorrer un largo camino hasta Bonanza. Pienso en los versos de Jorge Manrique:

«Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, ...»



Entre rocas por Cazorla (Jaén)

Óleo sobre cartón, 17 × 15 cm

Esculpe rocas lamiendo,... bruñe piedras rozando.



Bosque en Cazorla (Jaén)

Óleo sobre tabla, 70 × 32,5 cm

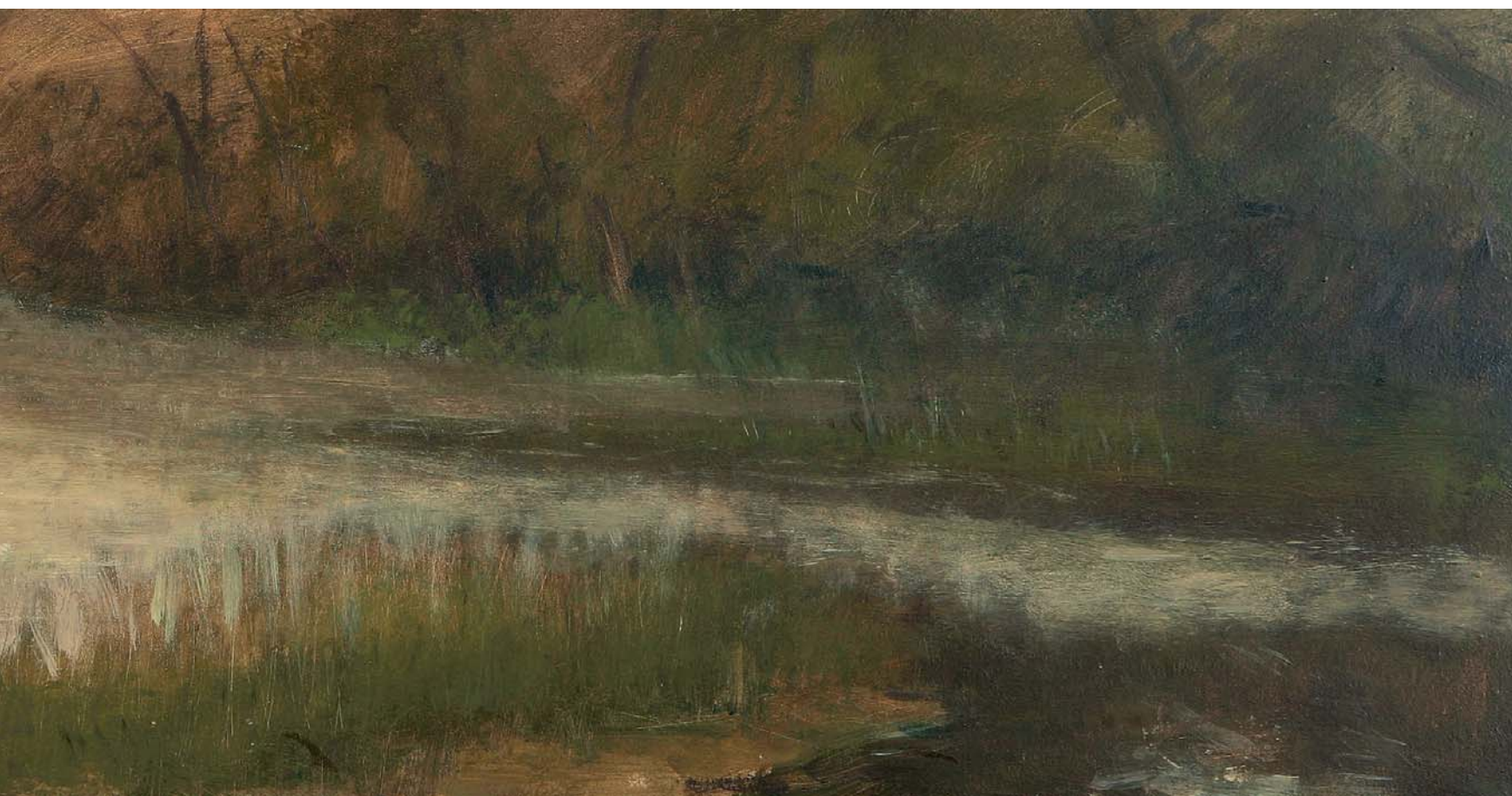
Humedades, tierra, olor, murmullo, agua.





Pantano de Doña Aldonza (Jaén)

Óleo sobre tabla, 79 x 20,5 cm

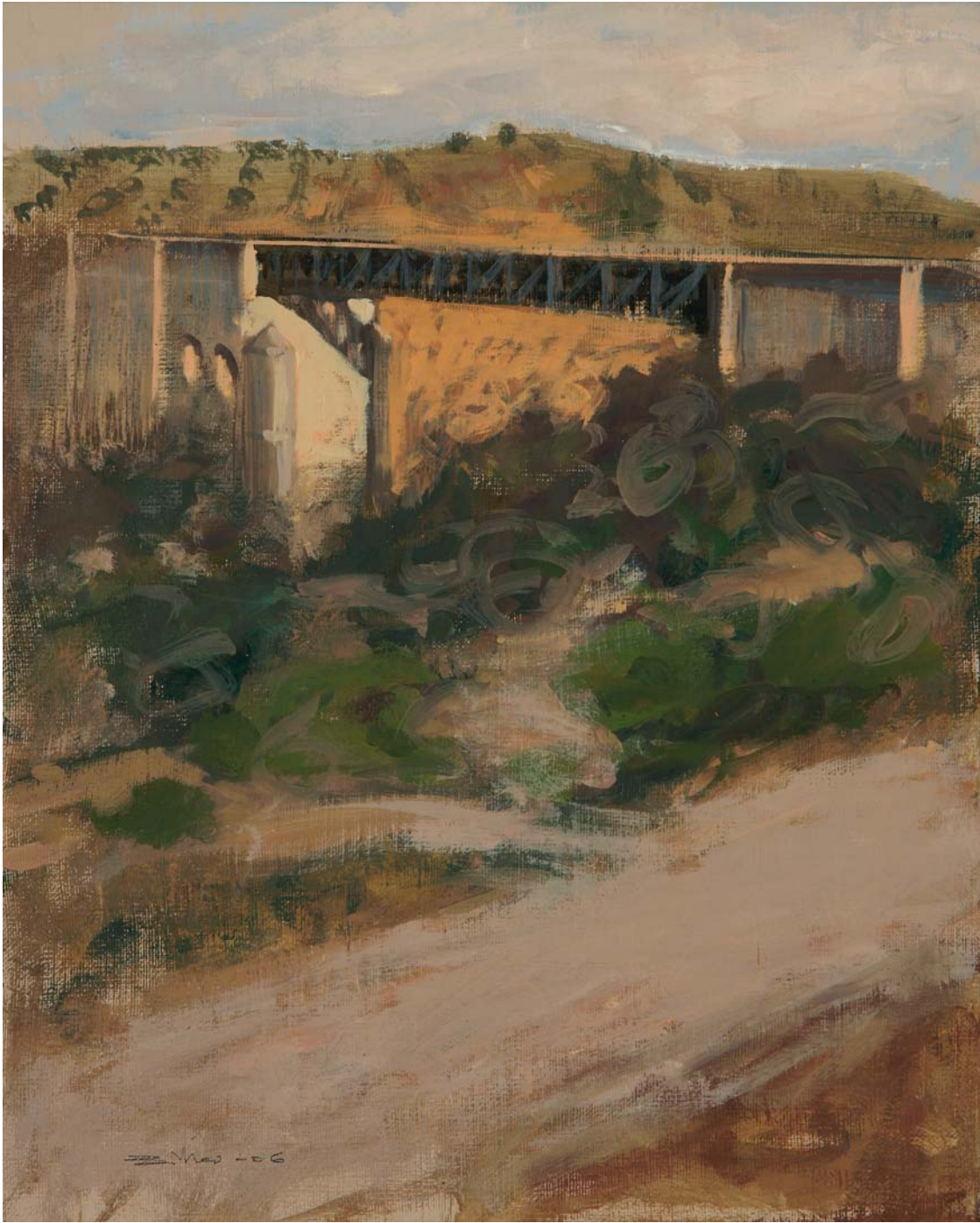


La vegetación palustre lo flanquea aportando caprichosos reflejos en su agua ahora expandida.

Puente de los Mazuecos (Jaén)

Óleo sobre lienzo, 33,5 × 41 cm

Calor de verano,
olor a higuera,
canto de chicharra,
olivos de plata,
luz que ciega,
sombra fresca,... consuelo,
tierra que quema.



Córdoba

Óleo sobre tabla, 31,5 × 20 cm

Córdoba se asoma al río desde su puente romano.



Cultivos (Córdoba)

Óleo sobre lienzo, 24,5 × 24,4 cm

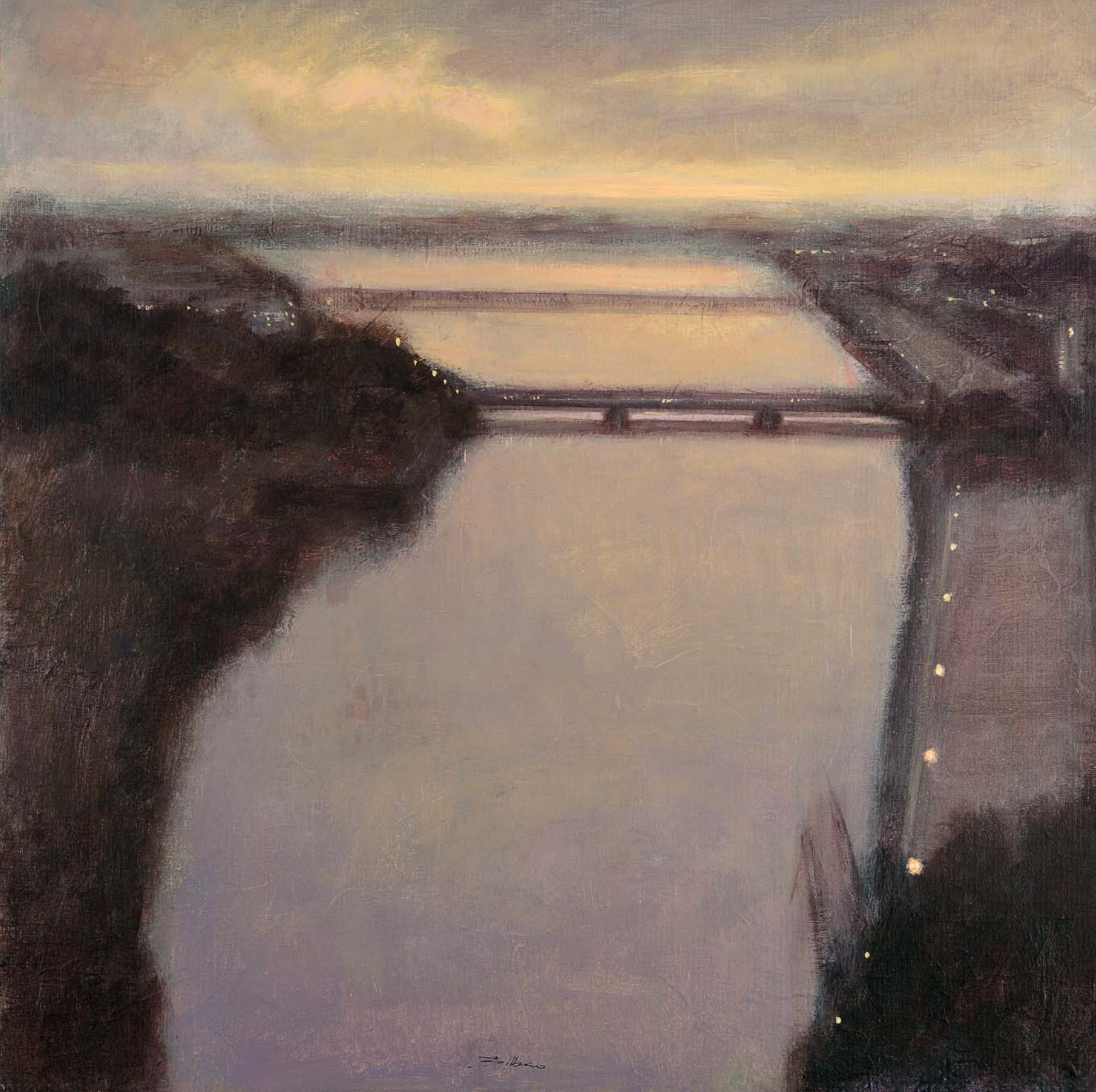
Ocres bandas, blandas, verdes.



Sevilla desde el puente del V Centenario

Óleo sobre lienzo, 50 × 50 cm

Al anochecer la ciudad se adorna vestida de luces, tintineo de brillantes reflejos que bailan sobre el agua oscura.



Barca de Coria (Sevilla)

Óleo sobre tabla, 60 × 24 cm

Barcas en busca de albuces en las mansas riberas de Coria.



Bonanza (Cádiz)

Óleo sobre tabla, 31,5 × 20 cm

Bonanza,... al fin.



Flora, fauna e intervención humana

*«L'histoire d'un ruisseau,
même de celui qui naît et se perd dans la mousse,
est l'histoire de l'infini»¹*

(RECLUS, 1869)

Con estas palabras comienza Élisée Reclus su historia de un río. El Guadalquivir, no es un pequeño río que se pierde al poco de nacer, sino que abarca una gran cuenca, con características morfológicas diversas e interesantes que dan para varias infinitudes. Los procesos geológicos que han intervenido en su formación le han dotado de una belleza evidente, y los históricos y culturales se han ido sumando modelando su fisonomía. El agua tiene un claro valor estético. Al acercarnos a ella, remansada o fluyendo, color, olor, temperatura, sonido... se cuelan por los sentidos. Inevitablemente, cuando un río forma parte del paisaje, se apodera de nuestra mirada. La vegetación que le acompaña es una promesa que, desde lejos, dibuja su camino. Al aproximarnos a él la fauna prolifera, bien porque se instala en ella, bien porque la use en momentos concretos de su ciclo vital. Debido a su movilidad no es éste un elemento que habitualmente se tenga en cuenta cuando se habla del paisaje, a pesar de que una determinada especie puede ser el detonante que decline nuestras preferencias para dirigirnos a él, con la esperanza de verla unos pocos segundos. La fauna no interviene de manera patente en su modelado de forma aislada, pero sí lo hace cuando trabaja en grupo o durante mucho tiempo. Por ejemplo, praderas ramoneadas por herbívoros que apenas muestran una tímida pelusa verde cuando deberían estar colonizadas por un manto de herbáceas de un metro de altura, árboles de jardinería introducidos por los pájaros y que generan bosquesillos que a su vez expanden la especie, etc.

Actualmente, la mayoría de la población vive de espaldas a sus ríos, por más que éstos hayan sido elemento fundamental en la estructuración del territorio y por tanto de los asentamientos humanos. La disponibilidad de agua y sus diferentes usos han modelado, a lo largo del tiempo, los ámbitos adyacentes a ella. La huella de la presencia humana es constante y se hace evidente en la proliferación de zonas habitadas; en el cultivo de las tierras; en la instalación próxima de industrias o en el mismo cauce. En principio se puede calificar, como relativamente amable, el impacto de los espacios rurales en el paisaje. Sin embargo, las actividades que se generan en este medio pueden ser completamente destructivas —tala de árboles, basureros incon-

trolados, mobiliario urbano aparatoso o superfluo (paseos fluviales), residuos agrícolas o ganaderos, etc.— En el otro extremo, se encuentran aquellas intervenciones que, en principio son duras, drásticas y prácticamente irreversibles, en las que se incluyen industrias e infraestructuras como presas, vías de comunicación etc. Nos encontramos con la paradoja de que la instalación de un pantano crea una lámina de agua, con flora y fauna asociada de gran interés. Por otra parte, los ámbitos agrícolas, aunque introducen patrones repetitivos, los esquemas formales de los diversos cultivos, su cromatismo específico y su disposición estructural, pueden añadir dinamismo; incluso, el contacto entre cultivos y bosque de ribera proporciona zonas de intercambio en las que se conjugan condiciones específicas de agua, suelo, vegetación e incluso microclimáticas que, a la postre, pueden resultar interesantes. El problema se encuentra, en este caso, en los elementos del paisaje que se han destruido para acondicionar el terreno y en los residuos generados.

El Guadalquivir tiene una larga historia de ocupación con superposición y alternancia de civilizaciones que han dejado una huella, más o menos visible, pero indudablemente profunda. El punto considerado como nacimiento del río, en el barranco de los Teatinos, trescientos metros más abajo de la Cañada de las Fuentes, hace unas décadas se encontraba completamente desarbolado (pastoreo y utilización de madera y leña); actualmente, una rica, aunque joven vegetación, lo ocupa. El agua discurre entre chopos negros (*Populus nigra*), fresnos (*Fraxinus angustifolia*), diversos sauces (*Salix fragilis*, *S. elaeagnus*, *S. atrocinerea*), e incluso un peral (*Pyrus communis*) y unas higueras (*Ficus carica*). Cerca del agua, arces (*Acer opalus* subsp. *granatense*, *Acer monspessulanum*), cerezos de Santa Lucía (*Prunus mahaleb*), espinos majoletos (*Crataegus monogyna*), aladiernos (*Rhamnus alaternus*) y, a unos metros, entre las rocas, guillomo *Amelanchier ovalis*). En el agua caen las acículas de los pinos cercanos, y zarzas y madreSelvas se enredan en los árboles. Es un lugar con puntual presión turística, al lado de un camino, manipulado y pisoteado, sin una magnificencia especial; sin embargo, al llegar a él en un día solitario de primavera y sentarse tranquilamente bajo el dosel arbóreo, el paisaje nos regala el sonido del agua, su refulgencia entre rocas y hojas caídas, sus tonalidades cambiantes, el cromatismo de la vegetación, y un silencio que permite disfrutar de oropéndolas (*Oriolus oriolus*), arrendajos (*Garrulus glandarius*) y hasta de un mirlo capiblanco (*Turdus torquatus*) posado entre los fresnos (*Fraxinus excelsior*).

En los primeros pasos del río todos los elementos enlazan armoniosamente; el puente de piedra integrado hasta desaparecer entre juncos y majuelos en flor; la primera y escueta presa en la Cerrada del Utrero que, como preámbulo a un desnivel de ciento ochenta metros, cierra la angosta garganta que encajona el río y crea un pequeño lago verde en el que se refleja un fresno azulado que amarillea en otoño. En la algarabía de color, un grupo de calandinos (*Leuciscus alburnoides*) ondulan el agua en su ir y venir observados por un martín pescador (*Alcedo atthis*). Los papamoscas cerrojillos (*Ficedula hypoleuca*) revolotean sobre las cornicabras componiendo una bonita imagen entre frutos rojos y azules y los aviones roqueros (*Ptyonoprogne rupestris*)

¹ «La historia de un río, incluso la del que nace y se pierde en el musgo, es la historia del infinito».

aprovechan los resaltes de la mole caliza frente a la cascada de Linarejos. La proporción es aquí la clave y, al tiempo que las obras realizadas por el hombre se mimetizan con el paisaje, la vegetación parece rendirle homenaje acumulando diversidad al paso del agua. Como ejemplo, bajo unos pinos salgareños (*Pinus nigra*) y en la extensión que abarca una imagen fotográfica de un plano medio encontramos grupos asombrosos en los que, señalando solamente las especies más conspicuas vemos: acebos (*Ilex aquifolium*) de brillantes hojas, fresnos (*Fraxinus angustifolia*) aún verdes, sauces (*Salix elaeagnus*) grisáceos, chopos (*Populus nigra*) con tonalidades amarillentas, enebros (*Juniperus communis*) con frutos azulados, arces (*Acer monspessulanum*), aligustres (*Ligustrum vulgare*), bojes (*Buxus sempervirens*) con hojas anaranjadas que acusan el estío, durillos (*Viburnum tinus*) con frutos versicolores a medio madurar, guillomos (*Amelanchier ovalis*), agracejos (*Berberis vulgaris*), majuelos (*Crataegus monogyna*), cornicabras (*Pistacia terebinthus*), torviscos (*Daphne gnidium*), adelfillas (*Daphne laureola*) y labiérnagos (*Phillyrea latifolia*). Trepando, enredadas entre las ramas, encontramos muermeras (*Clematis vitalba*), madre selvas (*Lonicera splendida*), rosales (*Rosa micrantha*), yedras (*Hedera helix*), zarzas (*Rubus ulmifolius*), rubias (*Rubia peregrina*) y, con los pies en el agua, un brillante grupo de parnasias (*Parnassia palustris*). Más de una veintena de especies vegetales con portes, formas, texturas, colores, olores y sabores diferentes y como remate un par de ornaballos (*Vincetoxicum nigrum*) de cuyas vainas a medio madurar fugarán, más tarde, simientes avilánadas de contrapeso perfecto. A sus pies, en un agua impoluta de color verde esmeralda, una trucha (*Salmo trutta*) se orienta, con fijación, a contracorriente. Todo ello a escasos metros del Puente de las Herrerías, zona de acampada con una fuerte presión de uso. Sorprendente y grato, pasados los meses fue, volver a encontrar a esos dos ejemplares en aterciopelada floración de estrellas violáceas.

El cuenco de las sierras de Cazorla, Segura y las Villas, con sus grandes pendientes rocosas, protege el río. Cuando se dispone a salir de este abrigo aguanta en forma de presa, una de las más evidentes intervenciones en este espacio, el pantano del Tranco. Nos encontramos, a seiscientos metros de altitud, ante la mayor lámina de agua de esta zona. Su importancia como elemento del paisaje es absoluta y, mientras no nos acerquemos a la fábrica de la presa, bella. El agua, de azules profundos y verdes cobalto, aparece en muchas zonas ribeteada con una franja de tierras rojizas cortada, en ocasiones, por arcillas ocreas. La anchura de este marco cambia, como es lógico, con los aportes, respondiendo al ciclo anual de precipitaciones y a las descargas del embalse. Contrastando con ella, praderas ramoneadas por herbívoros y, en primavera, los tarajes en flor desdibujan las orillas en una bruma de tonos pastel. Entre las plantaciones de pinos que enmarcan las borduras crece un matorral mediterráneo que intenta apoderarse del terreno y que, sin la mano del hombre, posiblemente llegaría a conseguirlo.

Cuando el río sale del abrigo de las sierras conserva, en un pequeño trayecto, sus aguas limpias y gran parte de su belleza. Paulatinamente, poblaciones, cultivos, vías de comunicación, etc. se acumulan provocando una degradación exponencial. Los olivos, que ya hemos encontrado cerca del río, antes de su llegada al Tranco, rápida-

mente dominan el lugar; el valle comienza a abrirse y en los tramos cercanos al cauce apuntan diversos usos agrícolas. En la primera zona, de alguna manera, el paisaje y el río están en armonía en cuanto a cualidades estéticas. A partir de aquí es preciso establecer una diferencia esencial que implica, de forma determinante, el campo visual en el que queramos situarnos. No hay duda de que el espectáculo, ininterrumpido, de lomas texturadas por olivos, que dejan al descubierto tierras de diferentes tonalidades, es interesante y bello. El paisaje multiplicado con la repetición de elementos, amplía su dimensión. Es curioso cómo un patrón, que incluso en la distancia conserva la fragmentación en pequeños elementos, mantiene una fisonomía individual. Sin embargo, el río y el entorno abandonan, estéticamente, el consenso.

Desde Mogón a Mengibar el olivar es, prácticamente, el continuo marco del río. En este trayecto las aguas se detienen e incrementan en cuatro pantanos para producción hidroeléctrica, abastecimiento o regadío: al del puente de la Cerrada lo atraviesa una carretera sobre la presa. Aún así, numerosas anátidas se deslizan próximas a la vegetación y es posible ver galápagos leprosos (*Mauremys caspica*). El de Doña Aldonza, colmatado de enneas (*Typha* sp.) en cuyos bordes corretean rascones (*Rallus aquaticus*) y calamones (*Porphirio porphirio*). El de Pedro Marín, recoleto, con dos viejos acerolos (*Crataegus laciniata*) junto a la presa, que alfombran el pretil de frutos rojos. El de Mengibar, inmerso en espacios habitados, con un bello edificio y sobrevolado por grandes vías de comunicación cerca de la presa. El chopo negro cada vez más escaso termina por desaparecer, y en el bosque de ribera dominan álamos (*Populus alba*), fresnos, sauces y tarajes (*Tamarix africana* y *T. gallica*).

El siguiente pantano, Marmolejo, lo encontramos aguas abajo de Andújar. En esta tercera zona del río, la proximidad del cauce a Sierra Morena, proporciona al paisaje variedad y belleza. El río se pega a la falda de la meseta; la barroca constitución de ésta, se muestra en tonalidades y texturas sorprendentes. La diversidad de las rocas aflora en los arroyos y domina en los vados; mientras que, tierras doradas, rosas, de color vino e incluso malvas, se superponen en los taludes. Retazos de bosque mediterráneo punteado de olivos abandonados llegan hasta el agua. Si en esta orilla el espacio llano escasea, la amplitud del valle, en la margen izquierda, permite todo un esquema de cultivos, desde los regadíos, cercanos al río, hasta los secanos más alejados. Este juego hace posible, a pesar de la antropización general y sus evidentes consecuencias, la existencia de numerosos enclaves con un valor estético indudable. Próximo a la desembocadura del Guadalquivir, aguas abajo de la Central de Villafranca, se encuentra uno de estos lugares especiales. El bosque mediterráneo y el de ribera se mezclan por completo, y el paisaje resultante es una explosión de formas y colores. Al principio de la primavera parte de las encinas están cubiertas de flores cobrizas; fresnos, álamos, sauces (*Salix fragilis*, *S. purpurea*, *S. atrocinerea*) y algunas higueras, muestran hojas recién brotadas de diversas tonalidades. Entre ellos, majuelos, lentiscos, cistáceas (*Cistus salvifolius*, *C. albidus*, *C. monspeliensis*), jazmín silvestre (*Jasminum fruticans*) y vinca (*Vinca difformis*) contrastan sus tonalidades específicas acentuadas por la floración. Enmarañándolo todo, viñas silvestres, rosales,

zarzaparrillas y madre selvas. A ras de suelo, un tapiz de herbáceas en flor. En el aire, un bando de grajillas (*Corvus monedula*) y abubillas (*Upupa epops*) y a cobijo del puente Mocho, algunas golondrinas dáuricas (*Hirundo daurica*). En la orilla, un alacrán cebollero (*Gryllotalpa gryllotalpa*) corre alarmado por el salto de una rana común (*Pelophylax perezi*). En el agua, una culebra viperina (*Natrix maura*) zigzaguea hasta arribar a puerto seguro. Sobre todo ello, poniendo la nota destacada, el color de los brotes de los almeces (*Celtis australis*) y a poca distancia de este esplendor, entre alhucemillas (*Lavandula multifida*), delicados fósiles en el terraplén.

Las vías de comunicación que nos permiten acceder al río son, a la par que prácticas, elementos indeseados en el paisaje. Los puentes que lo cruzan, numerosos y variados, antiguos o actuales, con sus colonias de aviones comunes (*Delichon urbica*), escasas o pobladas, pueden resultar bellos, ostentosos o funcionales, integrarse o destacar en el entorno, pero nunca serán indiferentes. Sería interminable enumerarlos. El de las Herrerías con avellanos (*Corylus avellana*), la Pasarela de Mogón, colgada y de madera, el de Mazuecos con pilares de fábrica y de hierro, el histórico romano de Córdoba, el de Posadas de curiosa balaustrada invertida, el de Triana y los nuevos de la Expo 92 y entre ellos el de tablero más alto sobre el Guadalquivir, el del V Centenario. Si escogemos el color, el rojo, con diversas tonalidades, es el nexo de unión entre tres bellos puentes de muy distinta índole, que se escalonan en el tiempo y en el espacio de este trayecto. Nada más salir de la presa de Marmolejo, al lado del balneario del mismo nombre, los rojos oxidados del puente se esconden entre el bosque de ribera. Río abajo, de piedra molinaza, el de las Donadas o de las Doncellas en Montoro, pone un reflejo rojizo entre las negras rocas paleozoicas que jalonan el cauce. En Villafranca, el granate avinado del puente de hierro destaca entre la vegetación del bosque de ribera, de colorido espectacular en la otoñada.

En esta zona, al tiempo que el valle sigue ampliándose, la presión sobre el río crece. Los núcleos urbanos se multiplican y con ellos instalaciones industriales más o menos agresivas. Sierra Morena crea un fuerte telón de fondo que corta los patrones rectilíneos de los cultivos de regadío. Restos de antiguos molinos perviven con agresivos enclaves industriales y numerosos azudes, con contaminantes construcciones megalómanas. Los sotos de la Albolafia en Córdoba son una isla de vegetación y fauna, con colonia de ardeidos incluida, entre el estruendo que rodea al río.

A pesar de la ocupación de las riberas por cultivos, industrias y poblaciones, el río mantiene en gran parte de su trayecto el bosque de ribera. Álamos, fresnos, olmos (*Ulmus minor*), sauces y tarajes (*Tamarix africana*), acompañados de cañas (*Arundo donax*) y carrizos (*Phragmites australis*) son sus principales componentes y los eucaliptos (*Eucalyptus* spp.), oscuros, omnipresentes acompañantes en la mayor parte de su recorrido y ausentes en el primer tramo. Actualmente, el desacostumbrado aprovechamiento de la madera, a pequeña escala, ha permitido que el bosque de ribera se regenere, pero como pésima contrapartida, han proliferado en sus orillas los vertederos incontrolados de enseres y desperdicios industriales, agrícolas y domésticos.

En su última etapa, el Guadalquivir nos trae la presencia del océano con el ritmo de sus mareas y un cierto regusto de navegación y puerto. A su paso por Sevilla, encauzado entre hormigón, sorprende logrando que una vegetación advenediza se instale en él, y una vez que la vegetación ha colonizado un espacio la fauna lo utiliza. Así ocurre cerca del puente del Alamillo, donde la enea (*Typha dominguensis*) da cobijo a calamones, grupos de fochas comunes (*Fulica atra*) y gallinetas de agua (*Gallinula chloropus*). A excepción de en la ciudad y no en toda ella, el acceso al río está muy limitado ya que las instalaciones industriales han cercado las orillas creando un muro impenetrable. De tal forma que el comienzo de la ocupación agrícola supone un verdadero respiro.

La horizontalidad del entorno es característica en este último tramo del río. Es aquí, donde la amplitud de un horizonte visual muy bajo y libre de obstáculos, permite que el cielo, ese elemento paisajístico normalmente no considerado (Martín Franquelo y Alonso Miura, 2007) entre en escena con posesivo protagonismo. Los eucaliptos dominan las orillas; sauces y álamos les acompañan. Al borde del agua menudean tarajes, cañas, eneas y carrizos. Al alejarnos de Sevilla, el bosque de ribera va desapareciendo y las orillas más o menos altas, más o menos enfangadas de limos grisáceos marcan el camino. Las tablas de arroz se encadenan y compiten en cromatismo con la marisma de almajos (*Salicornia* spp., *Sarcocornia fruticosa*, *Arthrocnemum macrostachyum*, etc.). La guía de aves pocas veces será tan útil como aquí: limícolas, anátidas, ardeidos, etc. se dan cita en cantidades ingentes en estos lares. El agua pesada y lenta cambia de color con las horas del día, y las embarcaciones camaroneiras, de largas alas laterales (sustitutas de las antiguas «cucharas»), sestean como murciélagos abatidos por la solana de una tarde de estío. Algunos grupos de tarajes permanecen en la margen izquierda, mientras cargueros, de brillantes colores oxidados, lanzan el agua contra las orillas. Finalmente, en la margen derecha, la silueta de los pinos del Parque Nacional de Doñana dibuja el horizonte. Delante, escalonados, matorral y arena dunar y, cerrando la otra orilla, las salinas y pinares de La Algaida y la alegría colorida de Sanlúcar de Barrameda. Enfrente, el océano.

Regla Alonso. Vegetación y paisaje

Hojas caídas en el cauce

Acuarela, 56 × 38 cm

En el nacimiento del río el valle es angosto; las hojas caídas en el cauce son una muestra de la mezcolanza de especies que propicia la estrecha vaguada. Sauces (*Salix fragilis*, *S. elaeagnus*), fresnos, chopos negros, comparten el espacio con arces (*Acer opalus* subsp. *granatense*, *A. monspessulanum*), cerezos de Santa Lucía, guillomos, espinos majoletos y, entre otros, un solitario peral. En la imagen, parte de la cosecha de hojas recogida en el agua, una mañana del otoño.



Folia cadunt autem in gradibus de caelo ad terram, et in gradibus de terra ad caelum, et in gradibus de caelo ad caelum, et in gradibus de terra ad caelum.
Regla Alonso



Arces y cornicabras en las rocas del camino del río

Acuarela, 50 x 13,5 cm



Las pleganisetas y las acacias de las calizas se sumaron en una vegetación que comienza a ser nueva. El quebrado que va descendiendo al fondo del estrecho valle. En esta parte me quepa de Populus nigra de Taura donde se veían un curso del río. Después, por la ladera, por también cuando el curso de agua aparece no sé por los años (Sax. montana) Todo ello comienza con el color de las pines de la ladera del fondo.

Entre las rocas el protagonismo está en cargo de las acacias que pueblan el paisaje con su color. Hace un año, y con tan solo una semana de diferencia, eran las cornicabras (Pinus laricina) las que hacían ese papel. En esta momento comienzan a amarillear. Sin embargo, en cuanto a color, el compuesto más interesante es el del soj (Buxus sempervirens). Al principio, en la legación, me ha contado algunas al soj las Tianas, rojas amarillentas que en realidad le correspondían, y me ha contado que se encuentran muy próximos al cauce.

Cañales, parte del nacimiento - 25 de septiembre de 2002. Regla Alonso

Al final de octubre, en el primer tramo del Guadalquivir, la explosión de color de arces y cornicabras relega a un segundo plano los chopos negros que acompañan al río. Es una mañana soleada que acentúa la estructura de las rocas y el contraste de color con la vegetación.

Los caminos de la vegetación

Lápiz y acuarela, 50 × 13,3 cm

En algunas zonas donde nace el río y dominan las especies perennifolias, el paisaje se estructura en un esquema de blancos, grises y verdes. Las calizas brillan bajo el sol que marca las hendiduras sombreadas, mientras los diferentes tonos de la vegetación descienden por los espacios propicios. Es un interesante equilibrio entre dos elementos del paisaje: suelo y vegetación, al que contribuye la luz, que responde al minuto del día, al día del año y a las condiciones meteorológicas del instante de la contemplación.



Instantes del otoño bajo el Aguilón del Loco I

Acuarela, 40,5 × 28,5 cm

Remontando la Cañada de las Fuentes, las rocas calizas del lecho del río se muestran blanquecinas, sin agua, mientras la vegetación que le acompaña es un estallido de color. Arces (*Acer opalus* subsp. *granatense*, *A. monspessulanum*) con hojas otoñales compiten con majuelos dorados que conservan sus frutos maduros. Al caer la tarde las esferas blancas, ligeramente transparentes, de la madreSelva arbórea, brillan entre la fronda.



C. tanqueri
 C. tanqueri en gran parte
 del momento

C. tanqueri
 en gran parte en
 gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte

C. tanqueri
 en gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte,
 en gran parte en gran parte

Instantes del otoño bajo el Aguilón del Loco II

Acuarela, 40,5 × 28,5 cm

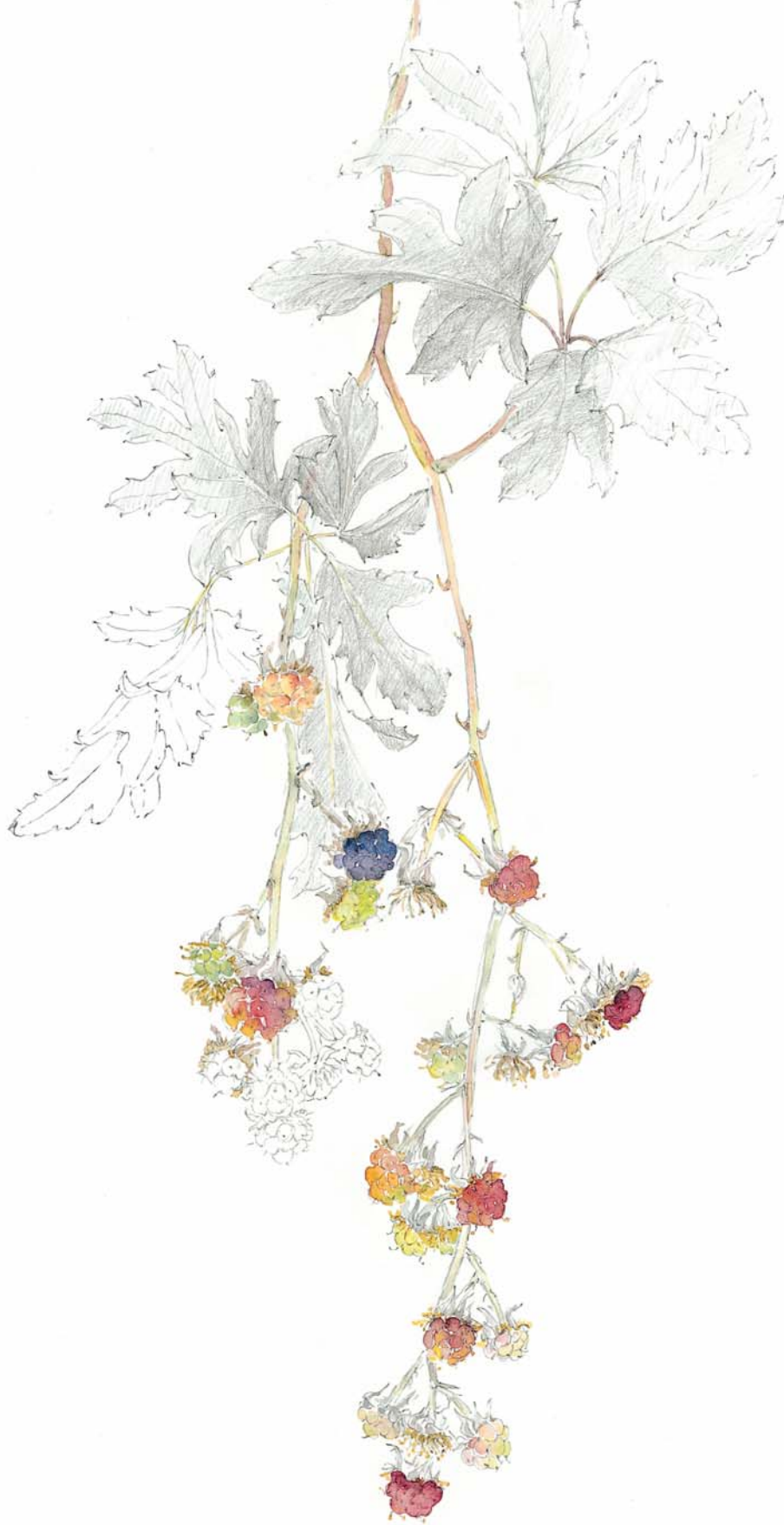
Entrado octubre en la sierra, la mayoría de los frutos de árboles y arbustos están en sazón. En la margen izquierda de la Cañada de las Fuentes los cerezos de Santa Lucía se dibujan claros sobre las rocas del Aguilón del Loco; los tintes oscuros de sus frutos se esconden entre la masa foliar que comienza a cambiar de color. Los rojos escaramujos y los racimos malva-azulados de los agracejos, ligeramente encerados, destacan entre las hojas otoñales. Al final del camino, los tejos milenarios nos regalan la sorpresa de sus frutos rojos.



Rubus laciniatus, morera de hoja de arce

Lápiz y acuarela, 25 × 56 cm

Al borde del río, en el Jardín Botánico de la Torre del Vinagre, nos encontramos con esta zarza descrita por Willdenow (1809) y escapada de los jardines; la sorpresa es grande y el placer también. Las ramas péndulas con hojas oscuras de envés ceniciento terminan en racimos frutales que comienzan a madurar y, aunque todavía no están en su punto, sus tonos acaramelados, atraen por igual a pájaros y visitantes.





Cornus sanguinea, cornejo

Acuarela, 49,5 x 25 cm



Hay plantas que se esconden y permanecen casi invisibles, anodinas, gran parte del año, pero que en determinados momentos estacionales se convierten en indiscutibles protagonistas del grupo que habitan. En este sentido, al final del verano, las hojas del cornejo, especie escasa en estas latitudes y que, como la anterior, gusta de lugares húmedos, adquieren un variado e intenso cromatismo

Desde el puente de Mazuecos

Acuarela, 34,5 × 19 cm

Hay paisajes que, en principio, no parecen reunir las condiciones necesarias para que se puedan considerar bellos. Sin embargo, en determinados momentos en los que se conjugan ciertos factores, el resultado puede ser sorprendente. Por ejemplo, al contemplar el río desde el puente de Mazuecos, en una mañana cálida y soleada después de unos días de lluvia, las aguas, enturbiadas por la gravera, reflejan unos colores casi imposibles; la variada vegetación de las orillas le hace competencia y acentúa su diversidad con específicas tonalidades estacionales.



El jardín que me voy a hacer del jardín de los burgueses, según se le veía en la época. Además
de las flores y los árboles que siempre hay en un jardín como el de los burgueses, con algunos árboles, el
cuidado del agua, como los estanques, los canales, etc. el jardín de los burgueses. El 20 de octubre de 1904
Regla Alonso

Bosque de ribera en el puente de Marmolejo

Acuarela, 30,5 × 14 cm

Hay puentes que se ciñen al río y le pertenecen. Este bello puente, aguas abajo de la presa y el balneario de Marmolejo, parece colonizado por el bosque de ribera. A finales de invierno los álamos están en plena floración, los tarajes muestran sus cálidas estructuras desnudas, y cañas y carrizos los grises ocráceos del invierno. Los numerosos sauces, con nuevos brotes, incorporan verdes cargados de amarillos. El puente, por su parte, pone una nota roja en el agua.

Almececes entre encinas en flor

Pastel y acuarela, 32,8 × 22 cm

En algunos lugares la orografía y la vegetación se ponen de acuerdo para crear un espectáculo sorprendentemente bello. En la construcción de estos paisajes es determinante la proximidad del río a Sierra Morena. En este rincón, próximo a la desembocadura del Guadalquivir, las encinas cobrizas por su abundante floración sirven de contraste a los primeros brotes de los almececes; entre ellos, acebuches, álamos y sauces se mezclan con parras y rosales en flor.



Bajo los almeces

Carbón, 49,5 × 40,5 cm

El suelo, bajo los almeces, es una alfombra crujiente de hojas muertas. Los frutos maduros que no se han comido los pájaros, destacan entre los tonos agrisados del fondo.



Salix fragilis, mimbrera

Acuarela, 50 × 22,5 cm

Si hay que escoger el más representativo y constante entre los árboles del bosque de ribera, no hay duda de que tenemos que inclinarnos por el *Salix fragilis*. Dejando a un lado la fuerza de sus potentes troncos que crecen con rapidez desmedida, la estructura danzante de sus ramas o las delicadas tonalidades de sus hojas, es el árbol que acompaña al Guadalquivir desde el punto oficial del nacimiento hasta cerca de la desembocadura.



Vega de Córdoba

Acuarela, 19 × 28 cm

Este paisaje, altamente manipulado y en plena producción agrícola resulta, al menos en la distancia, bello. La Sierra cierra el alto horizonte; el diseño rectilíneo de las parcelas de cultivo con diferentes texturas y tonalidades crean variedad dentro de la uniformidad. El agua, que está manteniendo este paisaje, permanece oculta detrás del tupido bosque de ribera.



El río cruzando la vega aguas abajo de Córdova. Las cultivos
de hortalizas están por los ríos, de igual de la primavera y
dominan las verduras y algún almorbato preparado para la niñera
jóvenes andales frutas en primer plano. 12.04.2005 Regla Alonso

Cultivos de la margen izquierda del río

Acuarela, 19 × 28 cm

Aguas abajo de la presa de Peñaflores los diferentes usos culturales y la adaptación a exigencias de mercado condicionan y cambian la fisonomía de los paisajes; los ligados al río son los primeros en acusarlo. En este caso los frutales han desplazado otros cultivos. Detrás de la franja de tarajes de la orilla se ven, a principio de marzo, sus diferentes tonalidades. Al fondo, jóvenes plantaciones de cítricos se adivinan, casi invisibles, entre las tierras oscuras.



Donde no llega el agua. Secano cerealista y dehesa

Acuarela, 20 × 28 cm

La posibilidad de disponer o no de agua para labores agrícolas no responde estrictamente a la cercanía del río ni a la orografía del terreno. Este hecho es, curiosamente, causa de diversidad: diversidad en cuanto a paisajes vegetales que consecuentemente condiciona la fauna que pueden acoger. Estos campos, cercanos al río y al canal del Bajo Guadalquivir, son de secano. Una vez recogida la cosecha, principalmente trigo y girasol, los colores de la tierra y de los restos de la vegetación en los rastrojos, recrean los surcos del laboreo; entre ellos vivaquean bandos familiares de perdiz roja. En último término, una de las pocas dehesas que se conservan por estos pagos.



Tanajos del Guadalquivir. al fondo una de las pocas dehesas que quedan en la zona. Plantaciones de un árbol recién cortado. Entre Torre de Rio y la compañía, junio de 2002. Regla Alonso



El río encendido

Acuarela, 60 x 17 cm



Aguas arriba de la desembocadura del Rivera del Huéznar, un islote divide el río. En el brazo derecho, la corriente se acelera entre las piedras; en el izquierdo, más profundo, el agua refleja el bosque de ribera. Es una mañana de luces cambiantes del final de diciembre; las especies caducifolias no han acoplado su respuesta a las condiciones estacionales: hay sauces con hojas verdes, doradas o luciendo sus estructuras leñosas; lo mismo ocurre con los álamos que muestran tonos plateados cuando los agita el viento. Tarajes rojizos comparten las orillas con cañas, enneas y carrizos; el fondo oscuro lo proporcionan los eucaliptos. Cormoranes, fochas, garzas y patos reales se refugian en las orillas. En la margen izquierda, fuera de la imagen, campos de cítricos; en la derecha, cultivos de cereal recién brotado.

Populus alba, álamo

Pastel y acuarela, 56x 38,5 cm

El álamo es otra de las especies más constantes en el bosque de ribera. No llega, como el *Salix fragilis*, hasta el mismo nacimiento, pero tiene la ventaja de su especial color que le convierte, sobre todo cuando sopla una ligera brisa, en uno de los más conspicuos entre los que acompañan al río.



Regla Alonso. Vegetación y paisaje



Caño del Brazo de La Torre
Acuarela, 38 x 14 cm



El río discurre lento; en sus orillas, tablas inundadas esperan la siembra. El caño vierte agua en el cauce y la marea baja deja al descubierto las estacas adornadas con haces de hierbas. En la orilla izquierda abundan los eucaliptos, en la derecha, a pesar de la escasa vegetación, hay mayor variedad de formas y colores. El agua hace posible que se pueda ampliar el encuadre y que el paisaje conserve un punto de belleza.



La otra orilla

Lápiz y acuarela, 41 x 12 cm



Es un amanecer de invierno en el entorno del Palacio de las Marismillas. La desembocadura del río está próxima, los limos se acumulan en las orillas. A pesar de la poca luz, se perciben las diferentes tonalidades de los grupos de vegetación y la fisonomía de los pinos que dibuja el horizonte. El agua es un reflejo continuo que simula reposo; no se aprecia la corriente y la otra orilla es casi invisible. En este preciso instante, este paisaje alcanza la más alta categoría estética.

Rosalía Martín Franquelo. Fauna y paisaje

Un encuentro inesperado (*Vulpes vulpes*)

Óleo sobre lienzo, 73 x 54 cm

Volviendo de los tejos milenarios, una voz pausada repite «un zorro, un zorro». Cuando caigo en la cuenta, no doy crédito al ver al descarado animal que, ignorándonos, busca restos dejados por los excursionistas. Oportunista donde los haya, éste se solazaba con unos cubitos de hielo abandonados por algún caminante.



Carbonero garrapinos (*Parus ater*)

Acuarela sobre papel, 32 × 19 cm

Se oye un constante chirriar de tres sílabas que recuerda a un triciclo oxidado. Aunque su voz es inconfundible, cuesta trabajo encontrarlos entre las acículas de los pinos salgareños.



Parus ater sobre Pinus nigra

R. Martí Franquelo

Carbonero garrapinos en pino salgareiro. Se ven muchos, pero como no tan próximos a esta localización, les delata el canto que suena como un tritichlo oxidado.
 Parque Natural de Cazorla, Sepura y las Villas. - JAÉN 02 octubre 2001

Carbonero común (*Parus major*)

Acuarela sobre papel, 30 × 25 cm

Si la alegría fuese pájaro sería un carbonero común. Dicharachero, buen imitador de cantos y de colorido diseño, es un acróbata del bosque, fácil de ver e identificar. Frecuentemente, se le encuentra asociado a cursos de agua.



R. Martín Franquelo

Carbonero común (Parus major)
en los montajes (Sorbus aria) que hay
junto al prado de cercos de Sta.
Lucía (Arnus melaleu) del collado
de Pto. Bermeja, camino del
Valdeatorres. 04.10.07
Parque Norte de Casarón, Segura }
Las Villas (Jaén)

Barbo gitano (*Barbus sclateri*)

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

Van y vienen descomponiendo los haces de luz en tirabuzones de arco iris. El agua, verde espectral, con ese color hipnótico que posee el Borosa y que denota calidad, irá a fundirse en breve con el Guadalquivir.



A trote cochinerero (*Sus scrofa*)

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 46 cm

En la confluencia del Borosa con el Guadalquivir afloran estratos inclinados de la cobertera tabular alternando textura, grosor, dureza y color. No sé leer la tierra —apenas baluceo sus primeras letras— pero disfruto con su visión como un crío que, analfabeto aún, anhela descifrar el código de los misterios que un libro encierra. Me siento como Alicia en *A través del espejo* después de leer el «Jerigóndor»: «en cierto modo, parece llenarme la cabeza de ideas... ¡sólo que no sé exactamente cuáles son!». Ilustrando el «texto», pasan dos jabalíes desdeñando nuestra presencia.



Verde cobalto en la Cerrada del Utrero: martín pescador (*Alcedo atthis*)

Óleo sobre lienzo, 61 × 50 cm

Bajo las ramas de este fresno, se remansan las aguas del río antes de caer por la presa. Grupos de peces se congregan allí mientras la «saeta cían» espera su turno. Agua, pájaro y vegetación coinciden en el mismo color.





Reyezuelo listado (*Regulus ignicapillus*)

Acuarela sobre papel, 35 x 26 cm

Me encuentro visualmente a la altura de las copas de los pinos. Hay movimiento entre las ramas pero los contrastes que el contraluz impone dificultan la percepción. Trato de seguir con los prismáticos al pájaro que, inquieto hasta la histeria, no permanece parado ni un segundo. Se trata del ave más pequeña de Europa: 9 cm de pico a cola, ambos incluidos. Una diminuta belleza, agotadora.



Cosmopolita (*Hirundo rustica*)

Acuarela sobre papel, 18 x 13 cm

Posada junto a sus hermanos de nidada, esta golondrina reclamaba la ceba. Tan grandullones y con esas boqueras que delataban su inmadurez parecían una metáfora de la juventud actual: ellos, cómodamente instalados en el alambre y sus padres desviviéndose aplicados en satisfacer sus demandas.



Fósil en caliza roja, Puente Genil (Córdoba)

Espiral dextrógira en caliza roja

Pastel al óleo sobre papel, 24 x 20 cm

En los dominios del río Genil, abundan los fósiles de origen marino. La construcción de infraestructuras viarias remueve las rocas que encuentra a su paso y con ello deja exentos ammonoideos y otros moluscos hoy desaparecidos.



Versatilidad: la rana de Pérez (*Pelophylax perezii*)

Acuarela sobre papel, 11 x 10 cm

Es el anfibio más resistente de cuantos se encuentran en la Península Ibérica. Ocupa toda clase de biotopos; solo lo limita la ausencia de agua. A pesar de su adaptabilidad, su distribución mundial se reduce a España, Portugal y sur de Francia.

Buscando el sitio (*Cyanopica cyana*)

Óleo sobre lienzo, 100 x 50 cm

Bajo el puente que lleva al Ochavillo ha crecido un bosquete de álamos y sauces cuyas copas quedan a la altura del que se asoma al río. En el de la imagen (que fue talado un año después) se acomoda un grupo de rabilargos a la caída de la tarde. La luz entra sesgada e ilumina el bullicio de estos córvidos azulados que se encuentran en expansión en nuestro país.





Buitrón (*Cisticola juncidis*)

Óleo sobre cartón entelado, 55 x 38 cm

Críptico y diminuto, una aguda nota imperturbable y cansina, lo delata. Difícil de ver posado y fácil en vuelo, por la sincronía entre canto y onda trazada; sarcástico su nombre común.



Mimetismo: huevos de chotacabras (*Caprimulgus ruficollis*)

Acuarela sobre papel, 15 × 13 cm

Sale bajo un olivo y se posa a pocos metros provocando que lo persiga, pero reprimo el impulso de seguirlo; sé que es una argucia para alejarme de su nido. No me muevo porque podría pisar la puesta o los pollitos y escruto pacientemente cada centímetro de parcela hasta que los veo. Junto a una piedra, como tantas otras de las que menudean por todas partes, hay dos huevos moteados. Un pestañeo y los pierdo de vista de nuevo.



Discreción gris (*Muscicapa striata*)

Acuarela sobre papel, 38 × 18 cm

En la ciudad, a escasos metros del río, una pareja utiliza un almez como percha y aunque no me quitan ojo, cazan insectos despreocupados ofreciéndome su repertorio de piruetas, un ballet acrobático a ritmo de sonoros chasquidos. Las personas que deambulan interceptando ajenas sus acometidas, no parecen verlos: dirigen la vista hacia mí mientras dibujo y de este trajín volatinero sólo parece que disfrutemos los pájaros y yo.



R. Martín Franquelo

Pareja de papamoscas grises (*Muscicapa striata*) utilizando la misma percha. Camufladas con la vegetación, cuesta trabajo verlos, si no fuera por los continuos saltos para atrapar insectos.

03.08.07/20h.of.



Alas de celofán (Sympetrum fonscolombei)

Acuarela sobre papel, 32 × 23 cm



Las hemos encontrado de todos los tamaños, colores y formas. Solitarias y en parejas; en grupos y en bandos enormes. Aerodinámicas, siempre elegantes, delatando la proximidad del agua de la que dependen para completar su ciclo vital. Su aparente fragilidad contrasta con su agresivo comportamiento alimenticio.

Con calzas verdes (*Gallinula chloropus*)

Óleo sobre papel, 32 × 24 cm

La gallineta de agua bien podría ser la hermana menor del gallo azul. Ambos comparten escudete facial rojo y popa blanca que utilizan con un incesante movimiento de cola, cual código particular de señales. Abundante, ruidosa y ubicua, muestra andares basculantes en tierra, aboya en agua y vuela lo necesario.



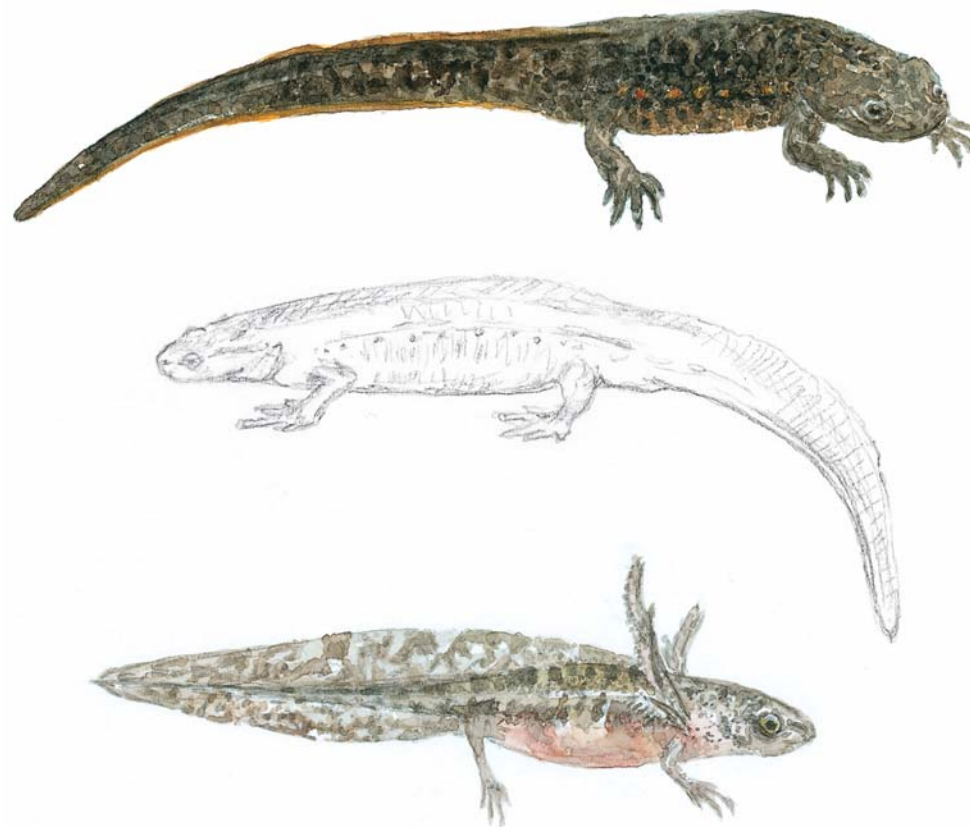
R. Martín Franquelo 2006



Colorín dorado (*Carduelis carduelis*)

Acuarela sobre papel, 21 x 15 cm

Si la función determina el órgano, no hay duda de que el pico del jilguero se ajusta a su uso. De punta afilada y base robusta actúa como una pinza de precisión cuando se aplica a la extracción de las simientes de los cardos.



Larva y ♂ ad. de Pleurodeles waltl. (11 mayo 2003)
R. Martí Franquelo

Ni gallo, ni pato (*Pleurodeles waltl*)

Acuarela sobre papel, 18 × 16 cm

De aspecto no muy agraciado, el gallipato, urodelo asombroso de nuestra fauna y gran desconocido por sus costumbres nocturnas, tiene la particularidad de sacar, literalmente, las costillas a través de una cadena de orificios que surcan los flancos de su cuerpo. Con ello pincha o cuando menos impresiona (y ¡vaya si lo consiguel!) a quien ose tocarlo. Esta larva, procedente de El Abalarío (Doñana) me permitió observar su desarrollo y cómo una vez metamorfoseada a adulto y carente de una extremidad completa fue capaz de regenerar dicho miembro (pie, pata y muslo) y usarlo plenamente.

Estoy medio extinto pero casi ni lo noto (*Lynx pardinus*)

Óleo sobre cartón entelado, 44 x 37,5 cm

Como el gato de Schrödinger, el lince parece encontrarse en un momento «cuántico» de superposición de estados: medio muerto por la vulnerabilidad a la que ha llegado, medio lozano por las perspectivas de recuperación. Esperemos que la especie esté en condiciones de resolver, positivamente, si está viva o no.



José Luis Mauri. Paisajes rurales

Río, cortijo y cultivos

Óleo sobre lienzo, 73 x 60 cm

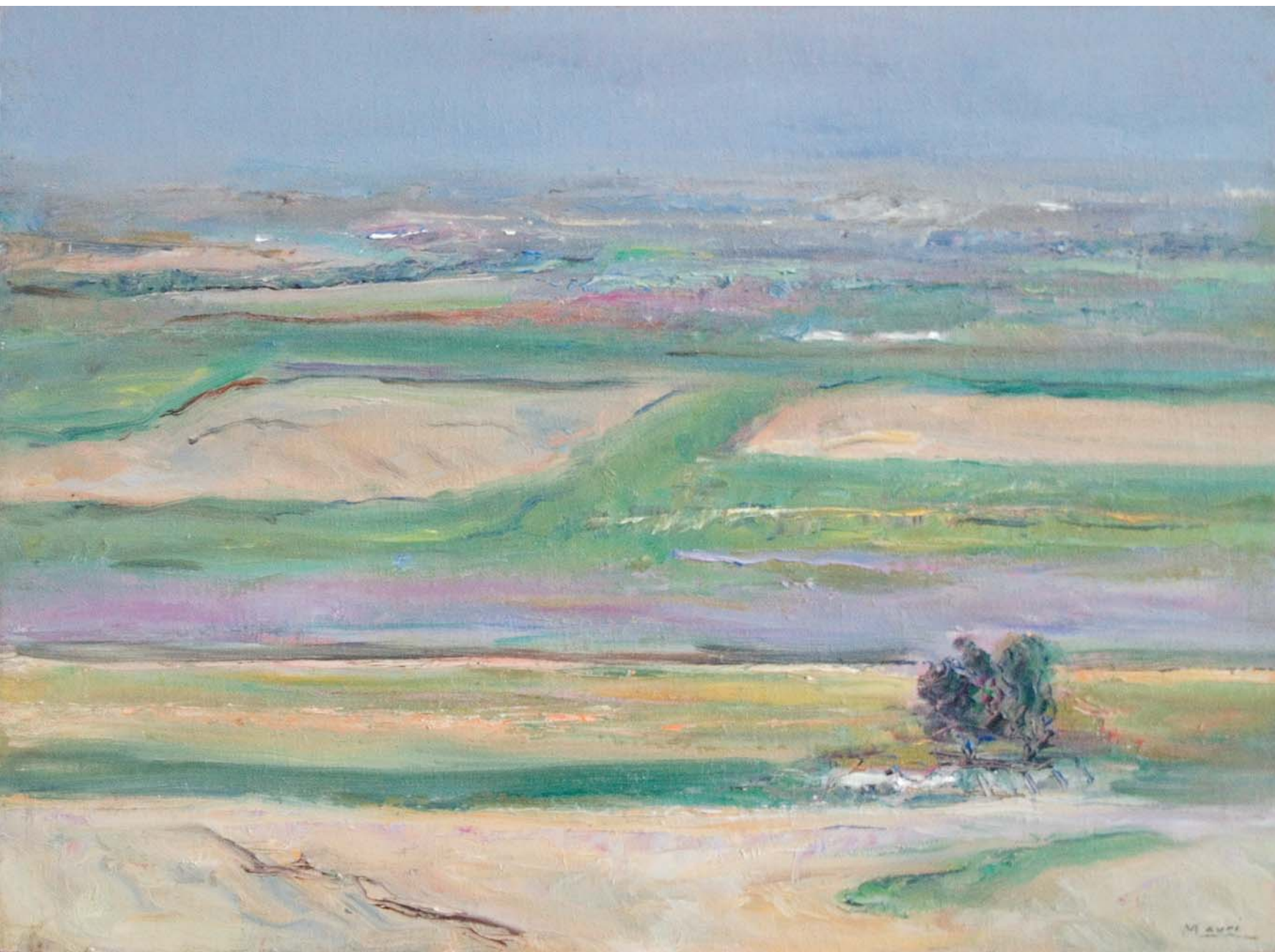
El río entre blancos cortijos, pelados montes y ordenados olivos.



La Vega

Óleo sobre tabla, 33 × 24 cm

Al fondo se adivina el paso del río entre tanta llanura.



El río y Cantillana

Óleo sobre tabla, 49 × 35 cm

El río y el pueblo con su iglesia al fondo.



Zapata

Óleo sobre tabla, 40 × 30 cm

Resto de zapata del puente antiguo en Villaverde del Río.



Barca de Coria

Óleo sobre lienzo, 55 × 38 cm

La barca y sus reflejos en la corriente del río.



El río por la finca de los Peralta

Óleo sobre tabla, 40 × 30 cm

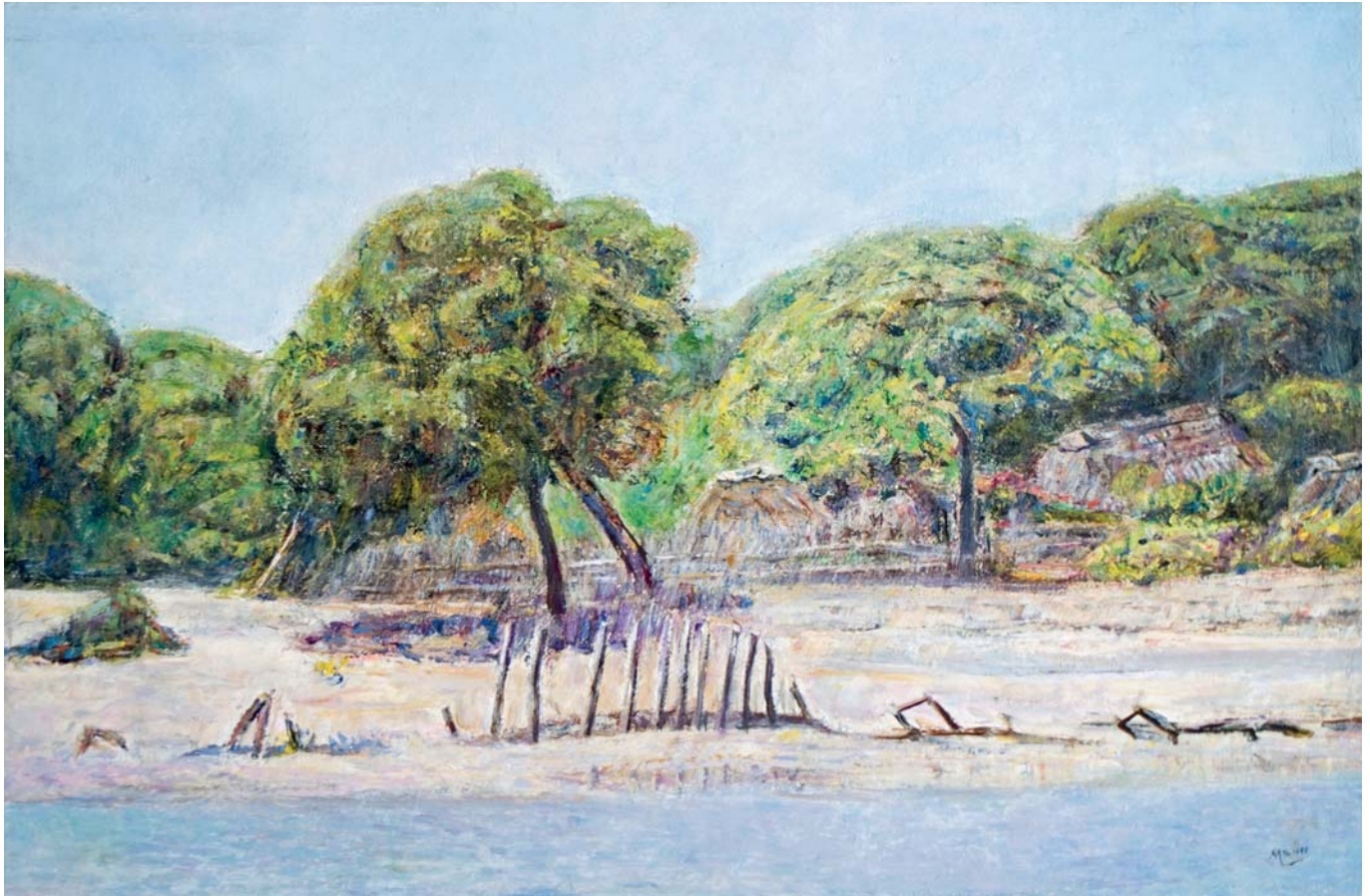
El río y los distintos términos del paisaje.



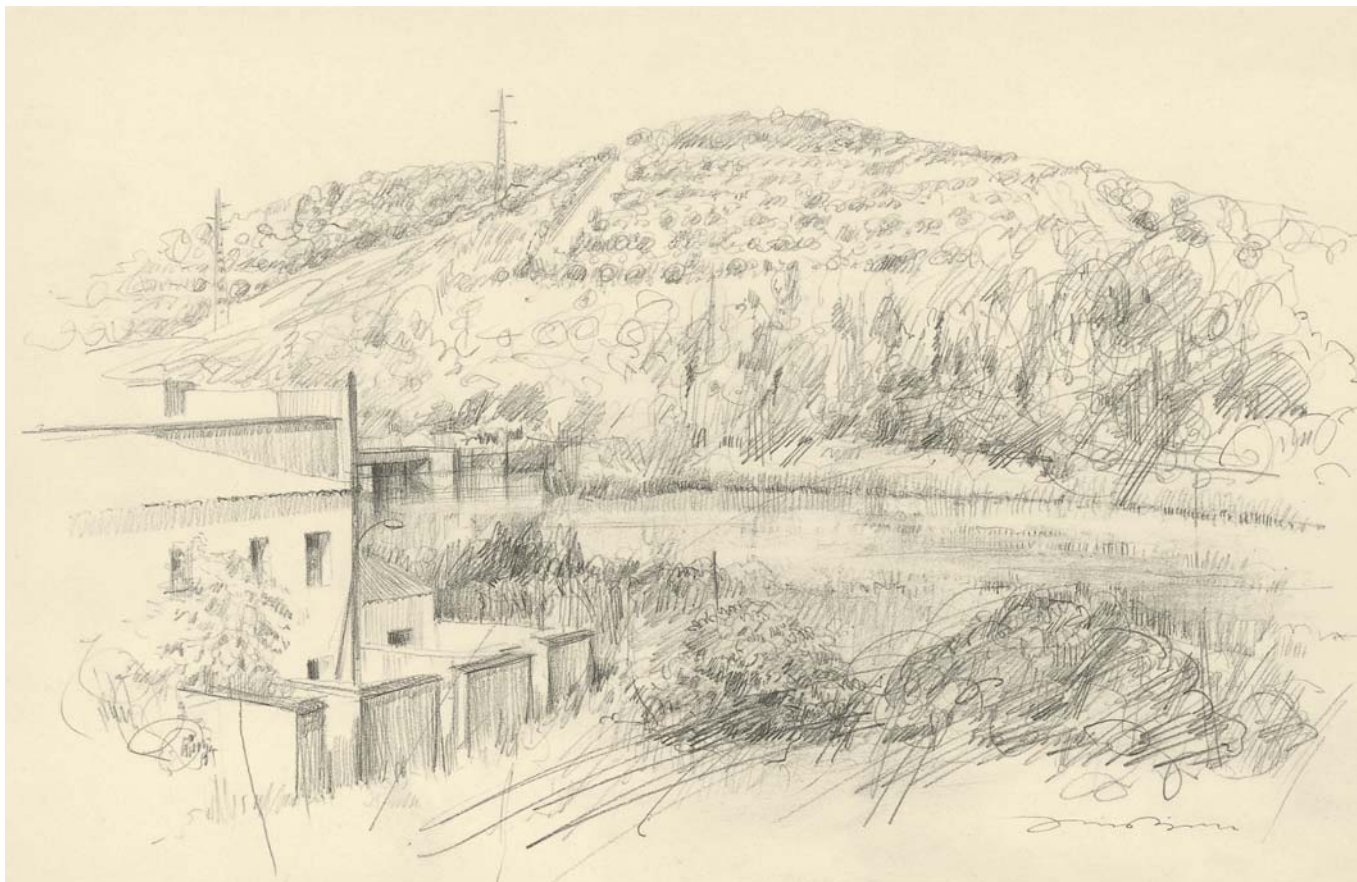
Chozas

Óleo sobre lienzo, 41 x 27 cm

Las chozas entre pinos y arena del Coto.



Daniel Bilbao. Paisajes industriales



Central de Pedro Marín (Jaén)

Grafito sobre papel, 21 × 14 cm

La presa asoma en el paisaje, mostrando la poderosa impronta del hombre.



Central de Casas Nuevas

Grafito sobre papel, 21 × 14 cm

La central de Casas Nuevas entre óxidos y abandono rezuma encanto a decadencia y pasado.

Gravera (Jaén)

Grafito sobre papel, 21 x 14 cm

Una gravera toma, separa y ordena en las márgenes del Guadalquivir.



Paron au el
Gradalquim
19-IX-07

Presas de Marmolejo

Grafito sobre papel, 32 × 20 cm

Retiene, aguanta, soporta y aporta.



Noria al paso por Córdoba

Grafito sobre papel, 32 × 20 cm

Antiguas norias,... ingenios pasados.

Molinos árabes en Alcolea

Grafito y acuarela sobre cartón, 20 x 20 cm

El amanecer trae frescor del alba y sonidos lentos del agua a su paso por Alcolea, donde la huella árabe aflora en la arquitectura de los molinos.



Astilleros de Sevilla

Óleo sobre tabla, 18,5 × 45 cm

Los astilleros se perfilan en el contraluz de la tarde, los últimos reflejos se deslizan sobre el agua.



Bibliografía

Consideramos oportuno no abrumar con listas excesivas y limitar la relación bibliográfica a aquella que, por diferentes motivos, hemos citado en el texto y que es solo una alícuota de la manejada en el proyecto. No es por tanto una recomendación bibliográfica sino más bien una de las posibles elecciones que se podía hacer.

Alonso Miura, Regla (2005). *Guadalquivir. Agencia Andaluza del Agua* (Consejería de Medio Ambiente), Dirección General del Agua y Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, Sevilla.

Alonso Miura, Regla y Martín Franquelo, Rosalía (2006). *Paisajes del Guadaira: flora, fauna e intervención humana*. Ayuntamiento de Alcalá de Guadaira, Sevilla.

Buckley y Brown (1906). *Memoria relativa a la distribución de las aguas del río Guadalquivir*. Madrid.

Burke, Edmund (1757). *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*. Artes Gráficas, Valencia, 1985.

Díaz Pineda, Francisco et al. (1973). «Terrestrial ecosystems adjacent to large reservoirs» *Internationa-*

tional Commission on Large Dams XI Congress. Centro de Estudios Hidrográficos, Madrid.

González Barberán, Vicente (1977) «Aspectos histórico-geográficos del Guadalquivir y sus fuentes» pp. 31-104 en AA.VV., *Guadalquivires*, Confederación Hidrográfica del Guadalquivir. Sevilla.

González Bernáldez, Fernando (1981). *Ecología y paisaje*. Blume Ed., Madrid.

Gwynne, Paul (1912). *Guadalquivir. Its personality, its people and its associations*. Constable & Company, Ltd. London. *El Guadalquivir. Su personalidad, sus gentes y su entorno*. Ed. Renacimiento, Sevilla, 2006.

HUM-544, (2004). *El Guadalquivir en Cazorla*. Fundación Aparejadores. Sevilla.

Kant, Immanuel (1790). *Crítica del juicio*. Espasa Calpe Ed., Madrid, 1989.

Martín Franquelo, Rosalía y Alonso Miura, Regla (2007). «Las texturas de los paisajes de Doñana» en Garrido, Héctor (coord.), *Doñana, diversidad y ciencia*; cap. 18: 95-97. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

Penrose, Roger (1999). *Lo grande, lo pequeño y la mente humana*. Ed. Akal, Madrid, 2006.

Reclus, Élisee (1869). *Histoire d'un ruisseau*. J. Hetzel et Cie. Paris.

VV.AA. (2000). *Convención Europea del Paisaje*. Consejo de Europa, Congreso de los Poderes Locales y Regionales, Florencia.



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 25 DE JULIO,
MIENTRAS EN EL VALLE
EL RÍO GRANDE SERPENTEA
COMO ESTA CULEBRA DE HERRADURA
DE TIERRAS BÉTICAS.

